



Imprenta y librería
de Ochoa. Pamplona.

170





UNA CONSPIRACION

EN TIEMPO

DE LUIS XIII.

Obra escrita

POR EL CONDE ALFREDO DE VIGNY,

y vertida al castellano

Por D. C. C. y S.

Tomo I.

Madrid.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.

1839.

El Rey era tácitamente su jefe, el caballero mayor Cinq-Mars su alma, el nombre con que se cubrían era el del duque de Orleans, único hermano del Rey, y su consejero era el duque de Bouillon... La Reina supo la empresa y los nombres de los conjurados...

MOTTEVILLE, *Memorias de Ana de Austria.*

Vaya ¿quién es el burlado?

Barbero de Sevilla.



CAPITULO I.

La despedida.

Adios , y si no hemos de vernos mas,
adios para siempre.

BYRON.

No sé si el lector habrá visto aquella parte de Francia que ha merecido el nombre de jardin de la misma. ¡Qué aire mas puro se respira en sus llanuras regadas por el caudaloso Loira ! Todo aquel que haya atravesado en verano la hermosa Turena siguiendo embabido el curso del pacífico rio , habrá sentido ciertamente no poder decir en cual de las dos orillas viviría mas olvidado de los hom-

bres cerca de un objeto querido. Al contemplar las aguas amarillas y sosegadas del delicioso Loira, se pierde de continuo la vista en los risueños accidentes que presenta el terreno de la orilla derecha. Valles poblados de bonitas casas blancas circundadas de bosquecillos, ribazos pajizos ó blancos á causa de las viñas y flores de los cerezos de que están sembradas, antiguas paredes cubiertas de nacimiento madre selva, jardines de rosas por entre los cuales asoma de repente una elevada torre: todo recuerda la feracidad del terreno, la antigüedad de sus monumentos, y no hay trabajo de sus industriosos habitantes que deje de inspirar interés. De todo se han aprovechado, y no parece sino que enamorados de su hermoso país, única provincia de Francia que nunca llegó á pisar el extranjero, no han querido desperdiciar el mas pequeño rincón de tierra ni el mas leve grano de arena. ¿Créese acaso que en aquella antigua torre caída no habitan mas que las siniestras aves nocturnas? Nada menos que eso: al ruido que hacen los caballos, el viagero vé asomar la cabeza risueña de una muchacha por

entre la yedra blanca con el polvo del camino real, al subir una ladera cubierta enteramente de vides, un poco de humo le advierte que tiene á los pies una chimenea. Porque hasta la roca está habitada tambien, y en ella viven familias de viñadores que se guarecen por la noche debajo de la propia tierra que cultivan con afan durante el día; no parece sino que el incienso de sus hogares vuelve al seno de la madre que los alimenta. Los buenos Turaneses son sencillos como su vida, benignos como el aire que respiran, y robustos como el fértil terreno que labran. Sus facciones morenas no tienen la fria impassibilidad del Norte ni la viveza estremada del Mediodía; su rostro tiene así como su carácter un no sé qué del candor del verdadero pueblo de S. Luis; todavia llevan los cabellos castaños claros y cortados en redondo al rededor de las orejas como las estátuas de piedra de nuestros antiguos reyes; hablan el francés mas castizo sin embarazo, ni precipitacion ni mezcla alguna de acento: la lengua tiene allí su cuna cerca del lugar donde tuvo la suya la monarquía.

Pero es aun mas grave el aspecto que presenta la orilla izquierda del Loira: aqui se distingue de léjos á Chambord que con sus cúpulas azules y pequeños cimborios parece alguna ciudad populosa de Oriente; alli se vé á Chanteloup con su elegante pagoda colgada en los aires. Un edificio mas modesto atrae despues, sin embargo, la atencion del viajero por su admirable posicion é imponente mole, y es el castillo de Chaumont. Construido en la mas elevada colina de la ribera, se estiende por su ancha cumbre con sus grandes murallas y descomunales torres: sus altos campanarios de pizarra las hacen parecer mas elevadas á la vista y dan al edificio cierta traza de convento, aquel aspecto religioso de todos nuestros antiguos castillos que infunde tanta gravedad á los paisages de la mayor parte de las provincias de Francia. Aquel antiguo alcazar está circundado por todas partes de negros y frondosos árboles que á lo léjos se asemejan á las plumas que adornaban el sombrero del Rey Enrique; al pie del monte y en la orilla del rio está situada una bonita aldea, cuyas casas blancas diríase que salian

de entre la dorada arena; está en comunicacion con el castillo que la defiende por medio de un estrecho sendero que vá cruzando la roca, y en mitad de la colina hay una capilla á cuyo altar bajaban los señores y subian los aldeanos sirviendo asi de tierra de igualdad colocada como una ciudad neutral entre la miseria y la opulencia que se han hecho la guerra tantas veces.

Una mañana del mes de junio de 1639, anunció según costumbre la campana del castillo á las doce en punto de la misma la hora en que comia la familia que le habitaba: dicho día habían ocurrido varias cosas que nadie estaba acostumbrado á observar en aquella antigua mansion. Todos los criados advirtieron que la mariscal de Effiat, al recitar la oracion matutina delante de ellos, tenia la voz alterada y arrasados los ojos en lágrimas, y se habia presentado con su luto mas riguroso que el que solia llevar de continuo. Las gentes de la casa y los italianos de la duquesa de Mántua que entonces vivía retirada accidentalmente en Chammont, vieron con sorpresa hacer repentinamente prepa-

rativos de viage, El antiguo criado del mariscal de Effiatt que hacia seis meses era muerto, se habia vuelto á calzar sus anchas botas, no obstante de haber jurado antes no volvérselas á poner nunca. Este buen hombre llamado Grandchamp habia acompañado á todas partes al gefe de la familia, tanto en sus campañas como en sus trabajos de hacienda, sirviéndole de escudero en las unas y de secretario en los otros, y no hacia mucho que habia vuelto de Alemania á contar á la madre y á los hijos del mariscal los pormenores de su muerte despues que le hubo cerrado los ojos en Luzzelstein; era uno de aquellos fieles criados, cuyos modelos son ya tan escasos en Francia, que toman siempre parte en las pesadumbres y júbilo de las familias, que desean ver celebrar casamientos á fin de criar á sus amos desde niños, que regañan á los hijos y algunas veces á los padres, que se esponen á morir por ellos, que los sirven sin salario en las revoluciones, que trabajan para sustentarlos, y que en las épocas de prosperidad los siguen á todos lados y dicen al volver al castillo: «Allí están nuestras viñas.» Su ros-

tro grave llamaba mucho la atención. Una tez muy morena y el color canoso y brillante de sus cabellos le hacían parecer áspero y disciplicente á primera vista; pero su mirada apacible templaba esta primer impresión, á pesar de lo bronca que era su voz. Aquel día se afanaba por acelerar la comida, y dando órdenes á todos los criados del castillo vestidos como él de negro les decía :

— Vamos, despachaos á servir en tanto que German, Luis y Estéban van á ensillar sus caballos; el señor Enrique y los que le acompañamos tenemos que estar muy lejos de aquí á las ocho de la noche. Y vosotros, señores italianos ¿ habéis avisado á la duquesa? Apuesto á que ha ido á leer con sus damas al extremo del parque ó á la orilla del río. Siempre viene despues del primer servicio á hacer levantar á todos de la mesa.

— ¡ Oh querido Grandchamp! dijo en voz baja una doncella jóven que pasaba por allí y se paró á hablar con él; no teneis que pensar en la duquesa que anda tristísima y creo se queda en su cuarto. ¡ Santa María! ¡ Cuánto siento que os pongais hoy en camino! Salir en

viernes, el 13 del mes y el día de los dos santos mártires Gervasio y Protasio! Toda la mañana hé estado rezando el rosario por el señor de Cinq-Mars, pero verdaderamente no he podido menos de pensar en todo lo que os digo: mi ama está también pensativa con esto á pesar de que es tan gran señora, y así no tenéis por qué hacerme burla.

La jóven italiana se escabulló al decir esto, como un pájaro, por en medio del comedor principal, y desapareció en uno de los corredores asustada al ver abrirse de par en par las grandes puertas de la sala.

Grandchamp había escuchado apenas lo que le había dicho y parecía no pensar más que en los preparativos de la comida; desempeñaba el importante cargo de maestra-sala y no cesaba de echar miradas severas á los criados por ver si estaba cada uno en su puesto, colocándose él mismo detrás de la silla del hijo mayor de la casa, hasta que entraron sucesivamente en la sala todos los habitantes del castillo. Once personas, entre hombres y mugeres, tomaron asiento á la mesa. La mariscalca era la última que había llegado dando el

brazo á un anciano de buena presencia ricamente vestido á quien hizo sentar á su izquierda. Ella se sentó en un gran sillón dorado colocado en medio de la mesa que tenia una forma cuadrilonga, y á su derecha habia otro sitial aun mas lujoso, pero que estaba desocupado. El jóven marqués de Effiat, sentado en frente de su madre, debia ayudarla á hacer los honores de la mesa; no pasaba de los veinte años, y su cara no tenia nada de particular, aunque su mucha compostura y cortesania indicaban que era de genio sociable, pero nada mas. Su hermana, muchacha de catorce años, dos hidalgos de la provincia, tres jóvenes señores italianos de la comitiva de Maria de Gonzaga, (duquesa de Mántua), una señorita de compañía aya de la hija del mariscal, y un cura de las inmediaciones viejo y sordo en extremo, eran las demas personas que componian la reunion. A la izquierda del hijo mayor habia tambien desocupado otro asiento.

Antes de sentarse la mariscala hizo la señal de la cruz y pronunció el *Benedicite* en voz alta: todos contestaron persignándose ó san-

tiguándose sobre el pecho. Muchas familias han conservado en Francia esta costumbre hasta la revolución de 1789. Algunas la conservan todavía especialmente en las provincias, no sin experimentar cierto embarazo y soltar antes alguna palabra sobre el buen tiempo acompañada de una sonrisa de escusa, cuando hay algún forastero; porque demasiado verdad es que los buenos tienen también su vergüenza.

La mariscal era una mujer de estatura imponente cuyos ojos grandes y azules tenían particular gracia. Parecía que aun no había llegado á los cuarenta y cinco años; pero anquilada por las pesadumbres, andaba muy despacio y hablaba con trabajo, cerrando los ojos y dejando caer á cada instante la cabeza siempre que tenía que levantar la voz. Llevando entonces la mano á su pecho daba así á entender que sentía un dolor agudo; así que observó gustosa que apoderándose el anciano de su izquierda del hilo de la conversación sin que nadie le dijese nada, la sostuviera con admirable presencia de espíritu durante toda la comida; era esta el antiguo mariscal de

Bassompierre, que á pesar de sus canas conservaba todavia cierta apariencia de juventud y jovialidad muy curiosas de verse. La nobleza y afabilidad de sus modales tenian cierto sabor antiguo como su traje, porque llevaba la gorguera de Enrique IV y las mangas cerradas segun se usaba en el anterior reinado, lo cual era una ridiculez imperdonable á los ojos de los elegantes de la corte. Esto no tendria ahora para nosotros nada de particular: es constante que en todos los siglos nos reimos del vestido de nuestros padres, y no sé qué pueblo se halle libre de esta enfermedad, si exceptuámos á los orientales.

Apenas habia acabado de preguntar el mariscal uno de los señores italianos lo que pensaba acerca del modo como trataba el cardenal á la hija del duque de Mántua, cuando este exclamó en su estilo familiar.

— ¡Pardiez, señor, que venís á buena parte! ¿Cómo es posible que yo comprenda el nuevo régimen que gobierna á la Francia? Nosotros los antiguos compañeros de armas del difunto rey no entendemos bien la lengua que habla la nueva corte, y esta por su parte no

conoce mejor la nuestra. ¿Mas qué estoy diciendo? Ya no se habla ninguna en esta desdichada tierra desde que todos han dado en callarse en presencia del cardenal; este orgulloso vasalluelo nos considera como antiguos retratos de familia cuyas cabezas se entretiene en cortar de vez en cuando, pero afortunadamente la divisa permanece siempre intacta. ¿No es así, amigo Pay-Laurens?

Este convidado tenia casi la misma edad que el mariscal, pero era mucho mas grave y circunspecto; respondió algunas palabras confusas, é hizo una señal á su compañero para que advirtiese la desagradable impresion que habia causado al ama de la casa, recordándole la reciente muerte de su marido y hablando en aquellos términos de su amigo el ministro; pero todo fué inútil, porque satisfecho Basompierre con aquella señal de semi-aprobacion, se habió de un trago un gran vaso de vino, cuyo remedio elogia en sus Memorias como excelente contra la epidemia y el disimulo, y echándose atrás para que su escudero le llenase otro, se sentó mas patriarcalmente sobre su silla y volvió á sus ideas favoritas.

—Sí, todos estamos aquí de mas : así se lo dije el otro día á mi querido duque de Guisa á quien han arruinado. Cuentan los minutos que nos quedan de vida, y si es menester, adelantan para acortarla el reloj de nuestras horas. Cuando el ministro vé en un rincon tres ó cuatro de aquellas figuras colosales que no dejábamos el lado del difunto rey, conoce que no puede animar estas estátuas de hierro que solo sabia mover la mano del grande hombre ; y así pasa de largo y no se atreve á mezclarse con nosotros que no le tememos. Siempre cree que andamos conspirando, y aun ahora mismo dicen que piensan encerrarme en la Bastilla.

—Pues entonces, señor mariscal, ¿ á qué aguardais para emprender el viaje? dijo el italiano. La Flandes es el único país en que creo podeis refugiarnos.

—Vos no me conocéis, señor; sabed que lejos de huir, fuí á ver al rey antes de que se marchara, y le dije que era para que no se tomasen el trabajo de buscarme; y que cuando supiese donde queria enviarme iria yo por mi propio pie sin necesidad de que me lleva-

sen. Pero se mostró tan bondadoso como esperaba y me contestó: «¿Cómo has podido figurarte, mi anciano amigo, que yo pensara tal cosa? Bien sabes que te quiero.»

—Os doy mil parabienes, mi querido mariscal, dijo con blandura la mariscala de Effiat; en esas palabras reconozco la bondad de S. M.: me acuerdo del cariño que os tenía el rey su padre, y aun me parece que os ha concedido cuanto habeis solicitado para vuestros parientes; añadió con intencion para atraerle al terreno de las alabanzas y hacerle olvidar el descontento que habia manifestado de un modo tan ostensible.

—En verdad, señora, repuso, que nadie sabe hacer mas justicia á sus virtudes que Francisco de Bassompierre; yo le seré fiel hasta morir porque basta que haya entregado á su padre en un baile mi persona y hacienda; y juro que ninguno de mi familia faltará á los deberes que tiene contraidos con el rey de Francia, á lo menos con mi licencia. Aunque los *Bestein* son extranjeros y Loreneses, juro á Dios que un apretón de mano de Enrique IV nos ganó para siempre: he te-

nido el mayor sentimiento de que mi hermano muriese al servicio de España, y ahora acabo de escribir á mi sobrino diciéndole que le exheredo si, como se ha dicho, se pasaba al emperador.

Uno de los hidalgos que todavía no había hablado palabra y era notable por las muchas cintas y condecoraciones que llevaba en el pecho, se inclinó entonces diciendo que de aquella manera debía hablar todo fiel vasallo.

—Pardiez, señor de Launay, que estais muy equivocado, dijo el mariscal, en quien se despertó el recuerdo de sus antepasados; los hombres de nuestro linaje son vasallos de corazon, porque Dios ha querido que naciésemos tan señores de nuestras tierras como el rey de las suyas. Cuando vine á Francia, fue solo con la intencion de pasearme acompañado de mis pages y gentiles-hombres. Veo que cada dia se va echando esto en olvido y particularmente en la corte. Mas aqui viene un jóven muy oportunamente para oirme...

Abrióse efectivamente la puerta y entró un mozo de presencia asaz gallarda; estaba

descolorido, y tenía el pelo oscuro, negro los ojos y el semblante triste y desaliñado: era Enrique de Effiat, marqués de CINQ-MARS, (nombre derivado de una posesion de su familia); su trage y capa corta eran de color negro; caíale del cuello hasta la mitad del pecho una valona de encage; calzaba unas botas pequeñas, pero recias y muy anchas de boca, y al tropezar sus espuelas con las baldosas de la sala sonaban lo bastante para sentirle llegar de lejos. Fuése derecho hácia la mariscala de Effiat, haciéndole un profundo saludo y le besó la mano.

—Vaya, Enrique, le dijo su madre, ¿están prontos los caballos? ¿A qué hora te vas?

—Luego que acabeis de comer, si me dais vuestra licencia, respondió Cinq-Mars con el respeto ceremonioso de entonces; y pasando por detras de ella fue á saludar á M. de Bassompierre antes de tomar asiento á la izquierda de su hermano mayor.

—Ea, hijo mio, dijo el mariscal sin dejar de comer con mucho apetito; ya vais á marchar; os encaminais á la corte que hoy dia es un terreno muy resbaladizo: siento por

vos que no sea lo que otras veces. Antes la corte no era mas que la sala en que el rey recibia á sus amigos naturales; los nobles de las casas principales, sus iguales, que le visitaban por darle pruebas de su celo y amistad, jugaban con él su dinero y le acompañaban á todas sus diversiones; pero no recibian de él sino el permiso de conducir sus vasallos á que se rompiesen la cabeza con ellos por su real servicio. Los honores que obtenia un hombre de alta gerarquía no le enriquecian nunca, porque lo pagaba todo de su bolsillo; yo he vendido una de mis tierras á cada grado que he ido recibiendo; el título de coronel general de los suizos me costó cuatrocientos mil escudos, y el bantismo del rey actual me obligó á comprar un vestido de cien mil francos.

—; Oh! por esta vez tenéis que confesar, dijo riendo el ama de la casa, que nadie os violentaba á hacerlo: hemos oido hablar de vuestro suntuoso vestido de perlas, pero sentiria en el alma que se estilase llevar todavía tales trages.

—No tengais cuidado, señora marquesa

que ya no volverán aquellos tiempos. Sin duda que hacíamos mil desatinos, pero atestiguan nuestra independencia; es claro que nadie podía así privar al monarca de súbditos, apegados únicamente por cariño á su persona y cuyas coronas de duque ó marqués tenían tantos diamantes como la suya de rey. También es evidente que no podía haber ambiciosos en todas las clases, porque estos gastos solo podían hacerlos las personas ricas, y el oro nada mas que en las minas se cria. Las casas principales, que con tanto ahinco se están destruyendo, no tenían ambicion; y como las mas veces no querian empleo ninguno del gobierno, se sostenian en la corte por su propio peso, vivian independientes y decian como uno de ellos: *Yo soy Rohan, aunque el rey no quiera*. Lo propio sucedia á cualquiera familia noble que no habia menester mas que su nobleza, y así lo reconocia el mismo rey al escribir á un amigo mio: *“El dinero no suele andar abundante entre caballeros como nosotros.”*

—Pero, señor mariscal, dijo friamente y con mucha cortesía interrumpiéndole el ca-

ballero de Launay con la idea tal vez de acalorarlo, esa independencia ha originado tambien guerras y alzamientos como el de M. de Montmorency.

—¡ Voto vá! que no puedo oir hablar de esa manera, dijo el fogoso mariscal agitándose sobre su asiento. Esas guerras y alzamientos, señor, no atacaban las leyes fundamentales del Estado, ni podian socavar el trono mas de lo que lo haria un desafio cualquiera. Entre todos aquellos gefes de partido no hay uno que no hubiese puesto la victoria á las plantas del rey si la hubiera alcanzado sabiendo de cierto que todos los grandes señores, que le eran iguales en poder, le habrian abandonado apenas se hubiese declarado enemigo del legítimo soberano. Nadie hacia armas contra el rey sino contra una faccion, y aniquilada esta, todo quedaba tranquilo. ¿ Pero qué han adelantado con humillarnos? Han roto los brazos al trono sin sustituir nada en su lugar. Sí, no me queda duda de que el cardenal duque acabará de poner su plan por obra; los grandes abandonarán ó perderán sus tierras, y cuando no

sean ya los primeros propietarios, dejarán también de ser uno de los poderes del Estado; la corte no es ya mas que un palacio donde se va á pretender, y luego se volverá una antesala en que no habrá mas que personas de la servidumbre del rey; los empleos viles empezarán á ennoblecerse con nombres ilustres; pero habrá una reaccion espantosa, y estos quedarán envilecidos con los primeros. Y cuando arrojada la nobleza de sus hogares no figure mas que por los oficios que desempeñe, si los pueblos con quienes no tendrá ya prestigio llegan á sublevarse...

—¡Qué siniestros estais hoy, mariscal! interrumpió la marquesa. Espero que ni yo ni mis hijos alcanzaremos á ver tales tiempos. A fe mia que echo de menos vuestro humor jovial en toda la conversacion, y que esperaba dierais á mi hijo algunos consejos. Vaya, Enrique, ¿qué es lo que tienes, que andas tan distraído?

Cinq-Mars estaba mirando hácia la gran ventana del comedor, y contemplaba con tristeza la hermosa campiña que por ella se descubria. Brillaba el sol en medio de su carre-

ra, tiñendo de oro y esmeralda los árboles, prados y arenas del Loira; el cielo estaba azulado, las aguas transparentes, y las islas verdeaban vistosamente, distinguiéndose por entre ellas las grandes velas latinas de los barcos mercantes que parecían una flota encubierta. ¡Oh naturaleza, decía, hermosa naturaleza, adios! Mi corazón perderá pronto su candidez y no sabrá comprenderte, ni mis ojos se deleitarán con tu vista; ya me siento abrasado en un amor profundo, y la relación de los humanos intereses me causa una turbación desconocida; tengo, pues, que penetrar en ese laberinto donde tal vez llegaré á perderme, pero María...

Volviendo entonces en sí á la voz de su madre, y temiendo manifestar un sentimiento demasiado pueril al marcharse de su país nativo y de su familia, dijo: Pensaba, señora, en el camino que debía tomar para Perpiñan y en el que seguiré á la vuelta.

—No te olvides de tomar el de Poitiers y llegarte á Loudun á ver á tu antiguo ayo, nuestro buen abate Quillet: te dará buenos consejos sobre la corte, está muy bienquisto

con el duque de Bouillon, y aun cuando no pudiese servirte en algo, debes darle esta muestra de respeto.

—¿Con que vais al sitio de Perpiñan? prosiguió el anciano mariscal pareciéndole ya que habia callado mucho tiempo. ¡Buena fortuna teneis, amigo! ¡Cáscaras! ¡Un sitio! ¡A fé mia que es un buen extremo! Yo no sé lo que hubiera dado por haber asistido á uno con el difunto rey á mi llegada á la corte; mas gusto habria tenido de que me despanzurasen allí que no en el torneo porque principié. Pero entonces estábamos en paz, y tuve que ir á hacer mi primer ensayo militar contra los turcos con el Rosworm de los húngaros para que mi ociosidad no diese que sentir á mi familia. Por lo demas deseo que S. M. os reciba con la afabilidad que me recibió á mí su padre. Verdaderamente el rey es muy amable y bondadoso, pero desgraciadamente le han acostumbrado á esa etiqueta española que paraliza todos los ímpetus del corazon; aquella indiferencia y frialdad suya deja parados á todos en su presencia, y por mas que aguardo la hora de que cambie el viento, mis

esperanzas son siempre vanas. Con el sencillo y jovial Enrique estábamos hechos á otros estilos , y á lo menos teníamos libertad para decirle que le queríamos.

Cinq-Mars fijó la vista en Bassompierre como violentándose á prestar atención á sus palabras , y le preguntó cómo solía hablar el difunto rey.

—Con viveza y cordialidad , respondió ; á muy poco de mi llegada á Francia me puse un día á jugar con él y la duquesa de Beaufort , en Fontainebleau , porque queria ganarme (decia) mis escudos y cruzados de oro , y me preguntó la causa de mi venida á Francia. En verdad , señor , le dije con franqueza , que no ha sido con la intencion de entrar á vuestro servicio , sino por pasar una temporada en vuestra corte y luego marchar á España ; pero me habeis ganado de tal modo la voluntad , que sin ir mas lejos quiero servirvos toda la vida , si aceptais mi espada. Entonces me abrazó asegurándome que no habria podido encontrar otro soberano mejor ni que me quisiera mas. ; Ay de mí , bien me lo probó!... y yo por él renuncié á todo , aun

á mi propio amor, y mas hubiera hecho todavia, si fuera posible consumir mayor sacrificio que renunciar á la señorita de Montmorency.

El buen mariscal tenia los ojos llorosos, y el jóven marqués de Effiat y los italianos se miraron mútuamente, no pudiendo menos de sonreirse al pensar que la princesa de Condé nada tenia ya entonces de jóven ni de bonita. Cinq-Mars echó de ver aquellas señales de inteligencia y se rió tambien, pero con una risa amarga. ¿Con que es verdad que las pasiones sufren tambien la ley de la moda, y que en pocos años llegan á ser igualmente ridículos un vestido y un amor? ¡Dichoso quien no sobrevive á las ilusiones de su juventud y se lleva al sepulcro todo su tesoro!

Pero procuró interrumpir el curso melancólico de sus ideas, y á fin de que el buen mariscal no advirtiese nada en el rostro de sus huéspedes que pudiera serle desagradable, le dijo:

—Segun eso hablaban todos al rey Enrique con mucha libertad; quizá tenia necesidad al principio de su reinado de que fuera

asi. ¿ Varió de conducta luego que se vió señor del reino?

—No, nunca; nuestro gran rey no dejó de ser el mismo hasta lo último; no se avergonzaba de ser hombre, y hablaba á todos con entereza y agrado. ¡ Válgame el cielo! Todavía me parece que le estoy viendo abrazar al duque de Guisa en su coche el mismo día de su muerte; me habia dado uno de aquellos graciosos chascos que solia, y el duque le dijo: «Tengo para mí que sois uno de los hombres de mas precio que tiene la tierra; nuestro destino habia dispuesto que fuéramos uno de otro, porque si hubieseis sido solamente un hombre comun, os habria atraído á toda costa á mi servicio; pero como quiso Dios que nacieseis un gran rey, ha sido menester que yo fuese vuestro.» ¡ Oh grande hombre! con razon dejaste dicho, exclamó Bassompierre llorando y algo animado tal vez con los frecuentes tragos que envasaba: *¡ Ya conoceréis lo que valgo cuando me hayais perdido!*

Durante este arrebató lel mariscal, todas las personas sentadas á la mesa habian tomado diferentes posturas segun las conexiones

que tenían con el ministro. Uno de los italianos hacia como que hablaba y reia en voz baja con la jóven hija de la mariscal; el otro estaba entretenido en mirar al clérigo viejo que, puesta la mano detras de la oreja á causa de su sordera para escuchar mejor, era el único que parecia prestar atencion; Ginq-Mars habia vuelto á su primera melancolía despues de mirar al mariscal como se mira á cualquier parte hasta que vuelve la pelota que se acaba de botar; su hermano mayor hacia los honores de la mesa con el mismo sosiego; y Puiy-Laurens, que estaba por el duque de Orleans y temia al cardenal, miraba inquieto al ama de la casa. Por lo que toca á la mariscal, tenia el semblante inquieto y alterado: la conversacion la habia traído varias veces á la memoria la muerte de su marido ó la ida de su hijo; á cada paso temia que Bassompierre se comprometiera y aun llegó á pisarle diferentes veces volviendo la vista al caballero de Launay á quien no conocia mucho, y que creia con algun fundamento partidario celoso del primer ministro; pero tales avisos eran inúti-

les con un hombre de su carácter. El mariscal fingió no haber hecho alto, y encarándose descaradamente con aquel, hizo como que le dirigía la palabra. El caballero de Launay puso un gesto indiferente; aparentando una condescendencia cortés se mantuvo en la misma posición hasta que, abriéndose las puertas de par en par, anunciaron á la señorita duquesa de Mantua (1).

La conversacion que acabamos de referir habia sido muy rápida, y así es que aun no estaban á la mitad de la comida, cuando todos se levantaron al entrar María de Gonzaga. Era pequeña de cuerpo, pero muy bien formada; y aunque sus ojos y pelo eran negros como el azabache, deslumbraba la hermosura y delicadeza de su cutis. La mariscal hizo ademán de levantarse por respeto, y la besó en la frente á causa de su bondad y juventud.

(1) Las señoritas de las casas grandes tenían entonces el título de sus familias. Véanse las *Memorias de Bassompierre* donde habla muchas veces de la señorita duquesa de Rohan.

—Hoy hemos estado aguardandoos largo tiempo, querida María, le dijo haciéndola sentar á su lado; afortunadamente os quedais para ocupar el lugar de un hijo mio que se marcha hoy.

Sonrojóse la jóven duquesa, y bajando la cabeza y los ojos para que no lo advirtieran, dijo con timidez: « Asi debe de ser, señora, pues vos me servis de madre » y una mirada suya hizo perder el color á Cinq-Mars que estaba al otro extremo de la mesa.

La llegada de María varió el rumbo de la conversacion, y cada cual se puso á hablar en voz baja con el que estaba á su lado. Solo el mariscal continuaba diciendo algunas palabras sobre la ostentacion de la antigua corte y la mezquindad de la nueva, sus campañas en Turquía, los torneos &c; pero, con mucho pesar suyo, nadie hacia caso de sus dichos; iban ya todos á levantarse de la mesa, cuando habiendo dado las dos el reloj del castillo, salieron al patio cinco caballos, uno de ellos sin montar, y los demás montados por cuatro criados encapottados y armados completamente; el viejo

Granchamp tenia de la brida el de su jóven amo, que era negro y de una viveza extraordinaria.

—Ola! exclamó Bassompierre, allí tenemos ya ensillado y embridado á nuestro caballo de batalla; vamos, jóven, es menester que recuerdeis aquel romance de nuestro antiguo Marot.

«Adios corte con tus damas» &c.

Estos versos antiguos y el aspecto del mariscal hicieron reir á todos los de la mesa, excepto tres personas.

—Jesus me valga! no parece, continuó, sino que tengo diez y siete años como él; ahora, señora, va á volver lleno de bordados, y es menester dejar desocupado su asiento.

Púsose pálida al oír esto la mariscala y se levantó de la mesa llorando; no pudo dar mas que dos pasos y se volvió á dejar caer sobre otro sillón. Sus hijos, su hija y la jóven duquesa la rodearon llenos de inquietud, y solo pudieron percibir entre el llanto y los suspiros que procuraba contener «perden amigos míos!... es una locura!... una

niñada! pero estoy tan debil.... que no he podido contenerme. Estábamos trece á la mesa, y vos habeis completado el número, querida duquesa. Pero yo hago mal en manifestarme tan débil en presencia suya. Adios hijo mio, dame á besar tu frente, y Dios te conduzca por buen camino.... Sé digno del nombre que llevas y de tu padre.»

Y riéndose luego entre el llanto, como dice Homero, se levantó y dijo empujándole suavemente: Vamos, y que os vea á caballo hermoso ginete!

El silencioso viajero besó la mano de su madre y le hizo luego un profundo saludo; hizo tambien otra reverencia á la duquesa sin levantar la vista, y abrazando despues á su hermano, apretando la mano al mariscal y besando en la frente á su jóven hermana, todo en un abrir y cerrar de ojos, salió y montó inmediatamente á caballo. Todos se asomaron á las ventanas que daban al patio, á escepcion de la mariscala de Effiat que estaba todavia sentada y traspasada de dolor.

—Ha tomado el galope. ¡Buena señal! dijo riéndose el mariscal.

— ¡Jesus me valga ! exclamó la jóven princesa retirándose de la ventana.

— Qué sucede ? dijo la madre.

— No ha sido nada , nada , respondió Mr. de Launay ; el caballo de vuestro hijo se ha resbalado al pasar por la puerta , pero le ha vuelto á levantar con la mano ; miradle allí saludando ya desde el camino.

— Otro agüero siniestro ! dijo la marquesa retirándose á su habitacion.

Todos siguieron su ejemplo callando ó hablando en voz baja.

Aquel fue un dia de tristeza en el castillo de Chaumont , y á la hora de la cena todos se mostraron taciturnos. Luego que dieron las diez de la noche , se retiró el anciano mariscal , guiado por su ayuda de cámara , á su cuarto , el cual estaba situado en la torre del norte á la parte opuesta del rio. Hacia un calor extraordinario , por lo que abrió la ventana , y envolviéndose en una gran bata de seda , puso un gran candelero sobre la mesa y quiso que le dejaran sólo. Las ventanas caian al llano escasamente iluminado por la luna que estaba en su último cuarto,

el cielo se cargaba de espesas nubes y todo inelinaba el ánimo á la melancolía. Aunque el carácter de Bassompierre no era nada meditabundo, se acordó del jiro que habia tomado la conversacion del medio dia, y se puso á repasar interiormente todos los acontecimientos de su vida; las fatales mudanzas introducidas durante el nuevo reinado en que le parecia haber soplado sobre él un viento de desolacion; los excesos del heredero de su nombre, la muerte de una hermana querida, la pérdida de sus tierras y de su favor, la reciente muerte de su amigo el mariscal de Effiat en cuyo cuarto se hallaba, todos estos pensamientos le arrancaron un suspiro involuntario y se asomó á la ventana para respirar.

En aquel momento creyó oír hácia el lado del bosque la marcha de muchos caballos; pero el viento siempre creciente le disuadió de esta primer idea, y como cesó el ruido repentinamente, llegó á olvidarlo del todo. Continuó observando todavía por algun tiempo como fueron apagándose todas las luces del castillo despues de haber dado la

vuelta por las bóvedas de las escaleras y recorrido todos los patios y caballerizas; y dejándose caer luego en su gran sillón colgado, apoyó el codo en la mesa, y se entregó enteramente á sus reflexiones; sacando luego del pecho un medallon que guardaba en él colgado de una cinta negra, dijo: Ven, mi bueno y antiguo señor, ven á hablar conmigo como tantas veces lo hiciste; ven, gran rei, á olvidarte de tu corte por la risa de un verdadero amigo; ven, grande hombre, á consultarme sobre la ambicion del Austria; ven, inconstante caballero, á hablarme de la ingenuidad de tu amor y de la buena fé de tu infidelidad; ven soldado heróico, á gritarme otra vez que te deslumbro en la batalla. Ay de mí! ¡Por qué no habrá sido así en París! Si hubiera yo recibido tu herida, el mundo no habria perdido con tu muerte los beneficios de tu interrumpido reinado.

Las lágrimas del mariscal empañaron el cristal del ancho medallon, y estábanlas limpiando con amorosos besos cuando abrieron de improviso la puerta y corrió á coger su espada.

—¿Quién anda ahí? gritó con sorpresa; pero esta fue mucho mayor cuando conoció al caballero de Launay, que acercándose con el sombrero en la mano le dijo turbado:

— Señor mariscal, tras pasado de dolor mi corazón me veo obligado á decirlo que el rei me ha mandado prenderos. En la reja está aguardando un coche con treinta mosqueteros del señor cardenal duque.

Bassompierre no se habia levantado y tenia aun en la mano izquierda el medallon y en la otra la espada; alargóla con desden á aquel hombre y le dijo:

— Caballero, he vivido sobrado tiempo y en esto me hallaba pensando ahora mismo: en nombre de este grande Enrique entrego pacíficamente esa espada á su hijo. Seguidme.

Pronunció estas palabras echando una mirada tan firme á Launay, que este quedó confundido y le siguió con la cabeza baja como si á él le llevara preso el noble anciano: este tomando un candelero, salió del patio y encontró todo el castillo abierto por los guardias de á caballo que habian asustado á las personas de él é impuesto silencio en

nombre del rei. El coche estaba pronto y partió con rapidez seguido de muchos caballos. El mariscal, sentado al lado de Launay empezaba ya á adormecerse balanceado por el movimiento del carruaje, cuando una voz fuerte le gritó al cochero: *para*, y no habiendo hecho caso, se oyó disparar un pistoletazo. Detuviéronse los caballos y Bassompierre dijo entonces: «Declaro, señor, que esto se hace sin mi conocimiento»; y acomodándose luego á la portezuela vió que estaban en un bosque pequeño y en un camino tan estrecho que los caballos no podían pasar por los costados del carruaje; ventaja grandísima para los agresores, pues así no podían avanzar los mosqueteros. Procuraba ver lo que era aquello, cuando acercándose á la portezuela un hombre á caballo que llevaba en la mano una larga espada con la que paraba los golpes que le dirigia un guardia, gritó: *venid, venid, señor mariscal.*

—Cómo! ¿Sois vos, atolondrado Enrique, quién hace tales calaveradas? Señores, señores, dejadle que es un niño.

Y habiéndoles gritado tambien el caballe-

ro Launay á los mosqueteros que le dejaran, tuvieron tiempo de reconocerse.

¿Cómo demonios estais aqui? prosiguió Bassompierre; yo os daba ya en Tours, y aun mucho mas lejos, si hubieseis cumplido con vuestro deber, y he aqui que os veo de vuelta para hacer un desatino.

—No erais vos por quien volvia yo solo aqui, sino á un asunto secreto, dijo Cinq-Mars mas bajo; pero como creo que os llevan á la Bastilla, estoy seguro de que no direis nada de esto en aquel templo de la discrecion.—No obstante, si hubiéseis querido, continuó en tono mas alto, os hubiera librado de estos señores en un bosque como este en que no se puede rebullir ningun caballo; ahora ya no es tiempo. Un aldeano me dijo el insulto hecho á nuestra familia mas bien que á vos con haberse procedido á esta prision en la casa de mi padre.

—Ha sido de orden del rei, hijo mio, y debemos respetar su voluntad; guardad ese ardimiento para servirle mejor, aunque os doy gracias de todo corazon; dadme la mano, y dejadme proseguir mi viaje.

—El caballero de Launay añadió: estoy además facultado para deciros, Mr. de Ginq-Mars que el mismo rey me ha encargado asegure al señor mariscal que siente mucho todo esto, pero que temiendo que le induzcan siniestramente, le suplica pase en la Bastilla unos cuantos dias (1).

Bassompierre repuso en voz alta riéndose: Ya veis, amigo mio, como se tienen á los jóvenes en tutela; así mirad lo que haceis.

—Pues lo quereis así, andad con Dios, dijo Enrique, que no pienso servir á la gente de caballero andante contra su voluntad. Y metiéndose en el bosque en tanto que el carruaje se alejaba al galope, tomó por senderos estraviados el camino del castillo.

Detúvose al pie de la torre del Oeste. Estaba solo y no se apeó del caballo; pero acercándose al muro hasta rozar con él su bota, levantó la celosía de una ventana baja construida en forma de rastrillo como aque-

(1) Estuvo en ella doce años.

llas que se ven todavía en algunos antiguos edificios.

Era mas de media noche y habíase ya puesto la luna. Cualquiera otro que no hubiese sido el amo de la casa no habria podido dar con el camino en una oscuridad tan profunda. Las torres y techos formaban solo una mole negra que apenas se distinguia en el cielo algo mas trasparente, y ninguna luz brillaba en el castillo cuyas gentes estaban ya otra vez durmiendo. Cinq-Mars, disfrazado con un sombrero de ancha ala y una gran capa, aguardaba con inquietud.

¿A quién? ¿Qué era lo que habia venido á buscar? Una palabra dicha por la voz de una muger que habló muy bajo detrás de la ventana.

— Sois vos, M. de Cinq-Mars?

— Ay! ¿Quién habia de ser? Quién volveria como un malhechor á la casa paterna sin entrar en ella y despedirse otra vez de su madre? ¿Quién, sino yo, volveria á quejarse de lo presente sin tener ninguna esperanza para en lo venidero?

Turbóse la voz dulce, y facil fue notar

que su respuesta iba acompañada de llanto.

— Ay Enrique! ¿De qué os quejais? ¿No he hecho yo mas, mucho mas de lo que debia? ¿Es culpa mia de que mi triste destino haya querido que mi padre fuera un príncipe soberano? ¿Puede cada cual elegir libremente su cuna? ¿Puede yo acaso decir: “naceré pastora?” Bien sabeis cual es la desgracia de una princesa: quitanle su corazon al nacer, dáse noticia de su edad á toda la tierra, cédenla por un tratado cual si fuera una ciudad, sin que le sea nunca permitido quejarse. ¿Cuántas cosas he hecho yo, desde que os conocí, para acercarme á la dicha y alejarme del trono? Dos años hace que estoy luchando en vano contra mi mala suerte que me separa de vos, y contra vos tambien que me apartais de mi deber. Bien lo sabeis; he deseado hasta que me tuviesen por muerta. ¿Qué es lo que digo? Casi he deseado que hubiera revoluciones! Quizá hubiera bendecido el golpe que me hubiese privado de mi gerarquía, asi como di gracias á Dios de la caída de mi padre; pero la corte está admirada, la reina me anda pidiendo y nues-

tras ilusiones se han desvanecido. Nuestro sueño ha sido muy largo, Enrique; despertemos dól con ánimo resuelto. No os acordeis mas de estos dos años venturosos; olvidaos de todo para tener solo presente vuestra valerosa resolucion; no tengais mas que una idea, sed ambicioso... ambicioso por mí...

-- ¿Y habré de olvidarme de todo Maria? dijo Cinq-Mars, con dulzura...

Ella titubeó...

-- Sí, de todo cuanto he olvidado yo tambien, replicó. Y al cabo de un momento prosiguió con viveza:

-- Sí, olvidaos de nuestros afortunados dias, de nuestras largas veladas, y aun de los paseos del bosque y del estanque, pero acordaos de lo venidero; marchad. Vuestro padre era mariscal: sed vos algo mas, condestable, príncipe. Marchad; sois joven, noble, rico, valeroso y amado...

-- Para siempre? dijo Enrique.

-- En esta vida y en la otra,

Conmovióse Cinq-Mars al oír esto, y alargando la mano exclamó: Pues juro por la virgen de vuestro nombre que habeis de ser

nia ó mi cabeza rodará en el cadalso.

-- Cielos! ¿Qué estais ahí diciendo? exclamó cogiéndole la mano con otra blanca que salió de la ventana. No; nunca sean criminales vuestros proyectos; jurádmelo; no olvideis nunca que el rey de Francia es vuestro amo, y queredle como á nadie; menos sin embargo que á aquella que os lo sacrificará todo y os aguardará sumida en el dolor. Tomad esta crucecita de oro; tenedla siempre en el pecho, que sobre ella he derramado muchas lágrimas. Mirad que si fuérais delincuente con el rey, las vertería muchas amargas. Dadme esa sortija que os veo en el dedo. Dios de mi alma! mi mano y la vuestra están manchadas de sangre.

-- Qué importa eso? Por vos no ha corrido; pero ¿no habeis oido nada hace una hora?

-- No. Y no acabais ahora mismo de oír algo por vuestra parte?

-- No Maria, si no es el ruido que hace sobre la torre algun ave nocturna.

-- Han hablado cerca de nosotros, no tengo duda de ello; pero decidme pronto de donde procede esa sangre y marchad.

-- Sí, me voy; vé aquí una nube que nos vuelve á la oscuridad; á Dios, angel celestial, yo os invocaré. El amor ha vertido la ambicion en mi pecho como si fuera un tó-sigo abrasador; sí, lo echo de ver por primera vez, el fin puede ennoblecer la ambicion. A Dios; marchó á cumplir mi destino.

-- A Dios, pero pensad tambien en el mio.

--¿ Pueden ser diferentes por ventura?

-- Nunca! exclamó Maria, como no sea con la muerte.

-- Mas recelo me causa la ausencia, dijo Cinq-Mars.

-- A Dios! estoy toda trémula; á Dios! dijo aquella voz adorada, y la ventana fue bajándose poco á poco hasta separar las dos manos estrechamente agarradas. Sin embargo, el caballo negro no dejaba de patear y moverse relinchando; inquieto su amo dejóle tomar el galope, y á poco estaba en la ciudad de Tours que anunciaban á lo lejos los campanarios de San Gracian.

El viejo Grandchamp habia estado esperando no sin gruñir á su joven señor, y le

47
regañó al oír que no quería acostarse. Toda
la escolta se puso otra vez en marcha , y al
cabo de cinco días entró silenciosamente en
la antigua ciudad de Loudun en Poitu, sin
que le hubiera sucedido nada.





CAPITULO II.

La calle.

¿ Cuántos tontos se han menester
para formar un público ?

LA TORRE DEL FAVOR.

EL reinado de que queremos pintar algunos años , reinado de debilidad que vino á ser un eclipse de la corona entre el lustre del de Enrique IV y el de Luis el grande, ofrece á la vista un espectáculo tristísimo al contemplar algunos de sus sangrientos lunares. No fueron todos obra de un solo hombre; tuvieron parte en ellas corporaciones muy respetables., y causa pena ver que en aquel siglo poco egemplar todavia el clero tuvie-

se su populacho y su nobleza cual una nacion numerosa ; sus ignorantes y sus delinquentes, y sus sabios y virtuosos prelados. Despues fue civilizándose todo él con el largo reinado de Luis XIV, y purificóse de la poca corrupcion que aun conservaba con la sangre de los mártires que ofreció á la revolucion. Siguiendo asi un destino muy particular, y despues de pasar por el crisol de la monarquia que le pulimentó, y de la república que castigó sus faltas, ha llegado á ser lo que hoy, austero y rara vez vicioso.

Nos ha sido menester detenernos un momento en esta idea, antes de entrar en la relacion de los hechos que nos presenta la historia de aquellos tiempos, sin que á pesar de esta observacion justa y consoladora hayamos podido menos de callar ciertas circunstancias demasiado odiosas, sintiendo siempre que aun nos queden acciones malas que referir, del mismo modo que al contar la vida de un anciano virtuoso lloramos los extravios de su agitada juventud, ó las inclinaciones corrompidas de su edad viril.

Al entrar la cabalgata en las estrechas

calles de Loudur, se oía por ellas un rumor extraordinario; llenábalas un inmenso gentío, las campanas de la iglesia y del convento tocaban como si fuera á fuego, y todos se agolpaban hácia un gran edificio contiguo á la iglesia sin parar la atención en los viajeros. Fácil era notar en las fisonomías impresiones muy diversas, y muchas veces opuestas entre sí. Formábanse muchos grupos y corrillos, cesaba de repente el ruido de las conversaciones, y no se oía ya mas que una voz que parecia predicar ó leer: luego se oían salir de todas partes furiosos gritos interpolados con las exclamaciones de algunas beatas; disipábase el grupo, y se veía que el orador era algún capuchino ó recoleto, que teniendo en la mano un crucifijo de madera, enseñaba á la gente el edificio grande á que se encaminaba. — Jesús Maria! exclamaba una vieja. ¡Quién hubiera creído nunca que el espíritu maligno viniera á vivir en nuestra santa ciudad!

— Y que las buenas Ursulinas estuviesen endemoniadas! decía otra.

— Dicen que el demonio que tiene dentro

la priora se llama *Legion*, decia la tercera.

—¿Qué estais ahí diciendo, hermana? interrumpia una religiosa; siete son los que tiene en su pobrecito cuerpo, que como es tan hermoso, sin duda le llamaba mucho la atencion; ahora es el receptáculo del infierno. El señor prior de los Carmelitas hizo salir por la boca en su exorcismo de ayer al demonio *Ezas*, y el reverendo padre Lactancio echó tambien al demonio *Beherit*. Pero los cinco restantes no quisieron salir, y cuando los santos exorcistas, á quienes Dios ayude, les intimaron en latin que se marcharan, respondieron que no lo harian hasta haber probado su poder de que aparentaban dudar los hereges y hugonotes, y el demonio *Elimi* que como sabeis es el peor, dijo que hoy le habia de quitar el solideo á M. de Lambar-demont, y le tendria colgado en el aire durante un *miserere*.

—¡Virgen Santísima! ya estoy temblando toda de pies á cabeza. Y cuando pienso que he ido tantas veces á eucargarle misas á ese májico de Urband!

—¡Y yo, dijo una muchacha persignáu-

dose, yo que me confesé con él hace diez meses! Seguramente habria sido endemoniada á no ser por la reliquia de santa Genoveva que llevaba casualmente encima, y...

— Y sin que os enfadeis, Martina, interrumpió una tendera gorda, estuvisteis á solas con el hermoso brujo el tiempo necesario.

— Miren la doncella! Hace ya un mes que estariais libre del demonio, dijo un soldado joven que se llegó al corro fumando su pipa.

— La muchacha se puso encarnada, y se echó sobre su linda cara la capucha de su pellica negra. Las viejas echaron al soldado una mirada de desprecio, y como estaban á la sazón cerca de la puerta de entrada que aun se mantenía cerrada, prosiguieron su conversacion con mas calor que antes, al verse seguras de entrar de las primeras; y sentándose en los guarda-cantones y bancos de piedra, se prepararon con sus narraciones á la dicha que esparaban saborear siendo espectadoras de una cosa estraña, como alguna aparicion ó un suplicio por lo menos.

— ¿Es verdad, tia, dijo la joven Marti-

na á la mas vieja, que vos habeis oido hablar á los demonios?

— Tan verdad como ahora te estoy viendo á tí, y lo mismo pueden decir todos los asistentes, sobrina. Si hoy te he traído conmigo, añadió, ha sido para edificacion de tu alma, y que conocieras verdaderamente el poder del espíritu maligno.

—¿Y qué voz tiene, querida tia? continuó la moza contentísima de sacar una conversacion que apartaba de ella la atencion de los que andaban al rededor.

— No tiene mas voz que la de la misma priora, á quien Dios perdoné; ayer estuve oyendo largo rato á esta pobre muchacha, y daba lástima verla despedazarse el pecho, volver los pies y los brazos hácia fuera, y echarlos de repente detras de la espalda. Cuando llegó el santo padre Lactancio, empezó á echar espumarajo por la boca, y hablaba en latin como si estuviera leyendo la Biblia. Asi es que no la entendí muy bien, y no me acuerdo mas que de *Urbanus, magicus rosas diabolicas*; lo cual queria decir que el mágico Urbano la habia hechizado con rosas

que le habia dado el diablo, y luego le sacaron en el cuello y en las orejas varias rosas de color de fuego que olian á azufre tanto, que el señor teniente del crimen dijo que todos debian taparse los ojos y las narices, porque iban á salir los demonios.

—Ois esto? gritaron con voz chillona y muy pagadas de sí todas las mugeres juntas, volviéndose hácia el lado de la gente, y particularmente á un corro de hombres vestidos de negro, entre los cuales estaba el joven soldado que al pasar les habia dirigido la palabra.

—Mirad alli aquellas locas de viejas, dijo, que piensan que estan todavia en el aquelarre y meten mas bulla que cuando llegan á él montadas en palos de escoba.

—Mozo, mozo, dijo un paisano con tristeza, no digais tales chanzas al aire libre en estos tiempos, nó sea que el viento se trueque para vos en llamas.

—A fe mia, que me burlo completamente de todos esos exorcistas, repuso el militar; yo me llamo Grandferré, y hay pocos que me lleguen al capote.

Y empuñando el sable con la mano, se retorció con la otra su bigote rubio, y miró alrededor frunciendo las cejas, pero como no vió entre todos á nadie que aparentase mirarle con malos ojos, echó á andar poco á poco, echando el paso con el pie izquierdo y fuese á pasear por las estrechas y negras calles de la poblacion con toda la negligencia de un soldado bisoño, y el profundo desprecio que este tiene por cuantos no visten su uniforme.

Ocho ó diez vecinos juiciosos de aquella poblacion reducida se paseaban, sin embargo, silenciosos y reunidos por entre la alterada muchedumbre; parecian consternados al observar aquella agitacion extraordinaria y repentina, y se hacian mil preguntas con los ojos á cada nueva escena de frenesí que se ofrecia á su vista. Aquel descontento mudo contristaba á la gente del pueblo y á los muchos aldeanos que habian acudido de la campiña, los cuales se guiaban todos en su modo de pensar por las miradas de los propietarios, sus patronos en la mayor parte; veian siempre que se preparaba alguna cosa mala,

y echaban mano del único recurso que puede tomar el ignorante y engañado, la resignacion y la inmovilidad.

No obstante, el carácter del aldeano de Francia tiene cierta ingenuidad zumbona que despliega muchas veces con sus iguales y siempre con sus superiores. Hace preguntas engorrosas para el poder como lo son las de la infancia para la edad viril, se achica extraordinariamente para que aquel á quien habla se crea embarazado con su propia altura, pone de intento mas rudeza en sus modales y mas rusticidad en sus expresiones para encubrir así mejor el culto fin á que se encamina: todo toma en él sin que lo pueda remediar, un giro tan insidioso y alarmante que basta para acusarle, y su risa sardónica y la afectada pesadez con que se reclina en su largo palo indican sobradamente cuales son sus esperanzas y el apoyo con que cuenta.

Llegóse en esto á la gente uno muy viejo, seguido de otros diez á doce mezos entre hijos y sobrinos: llevaban todos el sombrero grande y la blusa azul, antiguo vestido de los gallos que el pueblo francés se pone todavía en

oíma de la otra ropa, y es tan acomodada á su clima lluvioso y laboriosos usos. Cuando llegó cerca de las personas de que hemos hecho mencion, se quitó el sombrero y la familia toda hizo otro tanto; vióse entonces su rostro moreno y su frente descubierta y arrugada, coronada de cabellos blancos; sus espaldas estaban ya agoviadas con la edad y el trabajo. Fue recibido con muy buena cara y aun casi con respeto por un hombre muy grave y del grupo negro que alargándole la mano sin descubrirse, le dijo:

—Vaya, buen padre Guillermo Leroux, ¿habeis vos tambien dejado nuestra granja del Encinar para venir á la ciudad sin ser día de mercado? Tanto monta el que hubierais desuncido vuestros buenos bueyes por ir á la caza de estorninos y abandonado la labor por ver correr una pobre liebre.

—A fé mia, señor conde, repuso el arrendador, que alguna vez la liebre llegó á ponérsenos delante; me han dicho que querian hacernos una burla y venimos algo curiosos de verla.

—No hablemos de eso, amigo, repuso el

conde; aqui viene M. Fournier, el abogado que no os engañará, porque ayer noche renunció su cargo de procurador régio, y en lo sucesivo su elocuencia servirá solo para expresar los nobles sentimientos de su alma; hoy mismo le oireis tal vez, pero témolo tanto por él como lo deseo para el acusado.

—No importa, señor, la verdad es en mí una pasión, dijo Fournier.

Era este un jóven de una palidez extraordinaria, pero cuya cara tenia mucha nobleza y espresion; sus cabellos rubios, sus ojos azules muy claros, su flaqueza y estrecho talle le hacian parecer mas jóven de lo que era; pero su semblante pensativo y animado indicaba mucha superioridad y aquella precoz madurez del alma que dan el estudio y el natural brio. Llevaba una casaca y una capa negra bastante cortas al estilo de entonces, y debajo del brazo izquierdo un rollo de papeles que agarraba y apretaba convulsivamente con la mano derecha cuando estaba hablando, á la manera que un guerrero colérico echa mano al pomo de su espada. Hubiérase dicho que queria desarrollarlos y sacar de ellos un ra-

yo para arrojarle á aquellos á quienes miraba con sus indignados ojos. Los tales eran tres capuchinos y un recoleto que pasaban por entre la gente.

—Padre Guillermo, prosiguió el conde, ¿por qué no habeis traído mas que los hijos varones? ¿Para qué son esos palos?

—A fé mia, señor, que no quisiera que mis hijas aprendieran á bailar como las religiosas, y luego vivimos en unos tiempos en que los mozos saben rebullirse mejor que las mugeres.

—No nos rebullamos, mi anciano amigo, creedme, dijo el conde; dejad antes paso á la procesion que va á pasar y acordaos de que teneis sesenta años.

—¡Oh! dijo el viejo formando entretanto á sus doce hijos, cual si fueran una fila de soldados, yo he hecho la guerra con el difunto rey Enrique y sé tirar la pistola tambien como lo hacian los *liqueros*; y meneando la cabeza se sentó sobre un guardacanto poniendo entre las piernas su nudoso garrote, cruzando las manos encima y apoyando en ellas su canosa barba. En esta disposicion se

mantuvo con los ojos medio cerrados como si estuviera embebido enteramente en los recuerdos de su niñez.

Notaban todos con sorpresa su vestido listado como los del tiempo del rey bearnés, así como su semejanza con este príncipe en los postreros años de su vida, aunque el puñal había privado á los cabellos de aquel de la blancura que los del aldeano llegaron á tener sosegadamente. Pero un gran campaneó llamó en esto la atención hácia el extremo de la calle principal de Loudun.

Veíase venir de lejos una procesion cuyas picas y estandarte sobresalían por encima de la gente que se abrió silenciosa para observar aquel aparato entre ridículo y siniestro.

Marchaban primeramente los acheros con sus barbas puntiagudas y sus anchos sombreros de plumas. Formados de dos en fondo, dividíanse luego en dos filas una á cada acera de la calle encerrando en esta doble línea otras dos parecidas de penitentes pardos; por lo menos nosotros daremos tal nombre usado en algunas provincias del mediodía de la Francia á varios hombres vestidos con un

largo ropage del dicho color que los cubria enteramente la cabeza en forma de capucha, y cuyo antifaz de la propia tela remataba en punta sobre el pecho á guisa de larga barba y solo tenia tres agujeros para los ojos y nariz. Todavia se suelen ver en nuestros dias algunos entierros honrados y seguidos por hombres de semejantes trages, especialmente en los Pirineos. Los penitentes de Londun llevaban gruesos cirios en la mano, y su pausada marcha y las llamas que parecian despedir sus ojos por bajo del antifaz, les daban un aire de fantasmas que involuntariamente aterraba. El pueblo empezó á murmurar en diferentes sentidos.

—Muchos tunos hay encubiertos bajo ese disfraz, dijo un vecino.

—Y cuyos rostros son mas feos que el antifaz que llevan puesto, repuso un jóven.

—¡Qué miedo me causan! exclamaba una muchacha.

—No temo mas que me quiten la bolsa, respondia un caminante.

—¡Ay Jesus! aqui tenemos á nuestros santos hermanos de la penitencia, decia una vie-

ja apartando su negra toca. ¡Mirad qué estandarte llevan! No es poca fortuna que esté con nosotros, porque nos salvará de seguro: mirad encima al diablo entre las llamas y á un fraile que le ata una cadena al cuello. Ahora vienen los jueces. ¡Benditos sean todos ellos! Mirad que guapos van con sus togas encarnadas. ¡Válgame la Virgen santísima y que acertados han andado en la elección!

—Son los enemigos personales del cura, dijo por lo bajo el conde Du-Lude al abogado Fournier que tomó un apunte.

—¡Conoceis bien á todos ellos? decia la vieja repartiendo puñetazos á sus vecinos y pellizcando con fuerza en el brazo á cuantos hombres estaban junto á ella para llamar su atencion: mirad al bueno de M. Mignon como habla en voz baja á los señores consejeros del presidial de Poitiers. ¡Dios les dé su santa bendicion!

—Son Roatin, Richard y Chevalier que hace un año querian haberle depuesto, continuó á media voz Du-Lude hablando con el joven abogado que seguia siempre escribiendo

debajo de la capa, rodeado y oculto por el grupo negro de los vecinos.

—Mirad, mirad, pero haceos á un lado; ahí teneis al señor Barré, cura de Santiago de Chinon, dijo la vieja.

—Es un santo hombre, dijo otra.

—El es un hipócrita, dijo una voz de hombre.

—Mirad que flaco le tienen los ayunos.

—Decid que pálido está con los remordimientos.

—Él es quien ha lanzado á los diablos.

—Al contrario, quien les apunta lo que han de decir.

Este diálogo fue interrumpido por un grito general: ¡Qué hermosa es!

La priora de las Ursulinas se adelantaba á la cabeza de todas sus religiosas trayendo levantado su velo blanco: así se habia resuelto que fuese para que el pueblo pudiese ver las facciones de las endemoniadas: su traje no la diferenciaba de las demas sino en llevar un gran rosario de cuentas negras que le caia del cuello hasta los pies y remataba en una cruz de oro; pero la notable blancura de

su rostro, que realizaba mas aun el color oscuro de la capucha, llamaba desde luego la atencion de todos; sus ojos negros parecian indicar la existencia de una ardiente y profunda pasion arraigada en su alma. Estaban cubiertos por los arcos perfectos de dos cejas que la naturaleza habia dibujado en ella con el mismo arte que ponen las circasianas en redondeárselas con el pincel; más una lijera arruga entre las dos revelaba una agitacion violenta y continua en sus pasatiempos. A pesar de esto, aparentaba un gran sosiego en todos sus movimientos y acciones, sus pasos eran lentos y acompasados, y tenia juntas ambas manos, tan blancas é inmóviles como las de las estatuas de marmol que oran eternamente sobre las sepulturas.

—¿Reparais, tia, dijo la jóven Martina en ser Inés y sor Clara que van llorando á su lado?

—Están afligidísimas de verse hechas presa del demonio, hija.

—O se arrepienten, dijo la misma voz de hombre, de haber hecho mofa del cielo.

Reinó, empero, un silencio profundo, y

el pueblo no hizo ningun movimiento; antes pareció que algun hechizo le habia helado repentinamente, cuando detrás de las religiosas se vió venir entre cuatro penitentes que le llevaban atado al cura de la iglesia de Santa Cruz, revestido del traje eclesiástico: eran notables la nobleza de su fisonomía y la dulzura de sus facciones: sin afectar un sosiego insultante, miraba á todos con ojos benignos, y parecia que buscaba á uno y otro lado por ver si encontraba los ojos compasivos de algun amigo; le encontró, le conoció y no se vió privado del único placer que le queda á un hombre que ve acercarse su postrera hora; oyó asimismo varios sollozos, vió estenderse hacia él algunos brazos y algunos que no estaban sin armas; pero no respondió á ninguna señal y bajó la vista por no perder á los que eran sus amigos ni pegarles en una mirada el contagio del infortunio. Era Urbano Grandier.

La procesion se paró de repente á una señal que hizo el último hombre que le seguia, y á quien todos obedecian al parecer. Era alto, seco, descolorido, y llevaba puesto una larga

toga negra y cubierta la cabeza con un solideo del propio color; tenia la cara de un Basilio y la mirada de un Neron. Vió con terror que los aldeanos y el grupo negro de que hemos hablado se apiñaban para escucharle é hizo señal á los guardias de que le rodeasen; los canónigos y capuchinos se colocaron cerca de él, y con voz desabrida leyó este singular decreto:

—“Nos, señor de Lanbardemont, relator del consejo real, enviado, subdelegado y facultado para conocer en la causa del mágico *Urbano Grandier* y juzgarle en virtud de todos los cargos que aparezcan, en union con los reverendos padres Mignon, canónigo, Barré, cura de Santiago de Chinon, del padre Lactancio y demas jueces nombrados para juzgar al susodicho mágico, hemos ante todas cosas providenciado lo siguiente: Queda disuelta la supuesta asamblea de propietarios nobles ó vecinos de la ciudad ó de los contornos, como propensiva á una sedicion popular; sus actos serán declarados nulos, y su pretendida carta al rey contra nosotros los jueces de la causa interceptada y quemada en la plaza pública,

como calumniosa para las buenas hermanas Ursulinas y los reverendos padres y jueces. 2.º Se prohíbe decir en público y en secreto que las susodichas religiosas no están poseídas del espíritu maligno, así como dudar del poder de los exorcistas bajo la pena de veinte mil libras de multa y una pena corporal.

“Los bayles y regidores lo harán así cumplir y guardar. A 18 de junio del año de gracia de 1639.»

Apenas hubo hecho esta lectura, resonó un ruido desapacible de trompetas que no dejó percibir la última sílaba de sus palabras, y sofocó, aunque imperfectamente, los murmullos con que fueron acogidas; y en seguida apresuró la marcha de la procesion que entró precipitadamente en el edificio contiguo á la iglesia, el cual era un antiguo convento cuyos arruinados pisos no formaban ya mas que una sala única y vastísima, propia para el uso que se iba á hacer de ella. No se tuvo Laubardemont por seguro hasta que hubo entrado dentro, y oyó otra vez cerrar con estrépito las dobles y pesadas puertas sobre el pueblo que seguía voceando.



CAPITULO III.

El buen sacerdote.

Así me habló el hombre de paz.
El Vicario Saboyano.

AHORA que la infernal procesion ha eltrado en la sala de sus funciones y en tanto que prepara su sangrienta representacion, veamos lo que habia hecho Cinq-Mars entre los inquietos espectadores. Naturalmente tenia mucho tacto y penetracion, y conoció que no conseguiria tan presto su objeto de ver al abate Quillet en un momento en que no podia ser mayor la fermentacion de los ánimos. Perma-

neció, pues, á caballo con sus cuatro criados en una callejuela muy oscura que desembocaba en la calle principal y desde donde pudo ver á su salvo todo lo ocurrido. Al principio no paró nadie en él la atención, pero cuando la pública curiosidad no tuvo ningun otro ali- ciente, vino á ser el blanco de las miradas de todos. Cansados los habitantes de presenciar tantas escenas, le miraban con bastante descon- tento, y se preguntaban á media voz si era algun exorcista reciénvenido, y aun varios al- deanos empezaban ya á decir que embarazaba la calle con sus cinco caballos; conoció, pues, que era tiempo de tomar alguna resolucion, y observando sin titubear quienes estaban mejor vestidos, (como haria cada cual en lugar su- yo), se adelantó con su comitiva y el som- brero en la mano hacia el grupo negro de que hemos hablado, y encarándose con el que le pareció de mejor traza, le dijo: »Caballero ¿donde podré ver al abate Quillét?

Al oír este nombre, le miraron todos con un gesto de terror lo mismo que si hubiese pronunciado el de Lucifer. Apesar de esto na- die se dió aparentemente por ofendido, y al

contrario, pareció que aquella pregunta hizo formar á todos un concepto favorable de él. Por lo demás, la casualidad le habia hecho acertar con quien podía enterarle de lo que deseaba. El conde Du-Lude se acercó á su caballo saludándole y le dijo: echad pié á tierra, señor, y os podré dar útiles indicios acerca de su persona. ”

Despues que hubieron hablado ambos en voz baja, se despidieron con la ceremoniosa cortesía de entonces, y volviendo á montar Cinq-Mars en su caballo tordo, atravesó muchas callejuelas y tardó poco en alejarse de la gente con toda su comitiva.

—¡Qué dichoso soy! iba diciendo por el camino; voy á ver, aunque no sea mas que un momento, al bueno y cariñoso abate que me eduó; todavia recuerdo sus facciones, su estefior apacible y el tono bondadoso de su voz.

Pensando enternecido en esto, se encontró en una callejuela muy oscura que le habian señalado; era esta tan estrecha, que las rodilleras de sus botas iban pegando contra las paredes, y al fin de ella halló una casa de madera de un solo piso á la que llamó acele-

radamente dando en la puerta repetidos golpes.

—¿Quién anda ahí? gritó una voz con cólera, y abriéndose casi inmediatamente la puerta se apareció un hombrecillo gordo, bajo y vestido todo de encarnado que llevaba un solideo negro, una grandísima gorguera blanca, dos botas de montar que tenían sepultadas sus pequeñas piernas en sus descomunales cañones y dos pistolas de arzon en la mano.

— Venderé cara mi vida, gritó, y...

— Poquito á poco, señor abate, le dijo su discípulo tomándole la mano, que somos amigos vuestros.

—¿Sois vos, pobre niño dijo el buen abate dejando caer las pistolas que recogió con precaucion un criado armado tambien de piés á cabeza. ¿Y qué es lo que venis á hacer en este lugar? Sabed que ha penetrado en él la abominacion y que no aguardo mas que la noche para marchar; pero entrad al punto, amigo mio, vos y vuestros criados; os tomé por archeros de Laubardemont, y á fé mia que iba á olvidarme algun tanto del carácter que tengo. Mirad estos caballos, voy á

Italia á incorporarse con nuestro amigo el duque de Bouillon. Juan, Juan, cierra pronto la puerta principal luego que entre esa buena gente, y prevenidles que no metan mucha bulla, apesar de que no hay casa alguna por aquí cerca.

Grandchamp obedeció la órden del intrepidillo abate que abrazó cuatro veces á Cinq-Mars levantándose sobre la punta de sus botas para poder alcanzar siquiera hasta la mitad del pecho. Condújole luego apresuradamente á un estrecho cuarto que parecia un granero desúsado, y sentándose con él sobre una malleta de cuero negro, le dijo con calor:

—¿Y adónde vais hijo mio? ¿En qué pensaba la señora mariscalá para permitirnos venir aquí? ¿No véis bien como están tratando á un infeliz que desean perder? ¡Dios de mi vida! ¿Porque habia de ser este el primer espectáculo que vieran los ojos de mi discípulo? ¡Cielos! ¿Cuando estais en la edad envidiable en que no debiais conocer mas que la amistad, la confianza y los tiernos afectos del corazon! ¿Cuando todo debia concurrir á vuestra entrada en el mundo para que forma-

seis un buen concepto de nuestra especie ¡Que triste casualidad, Dios mio! ¿Para qué habeis venido en tal ocasion?

Luego que el buen abate se hubo lamentado en tales términos apretando cariñosamente las dos manos del jóven viajero con las suyas arrugadas y envejecidas, su discípulo tuvo por último el tiempo de decirle:

—¿Pero no adivináis, mi querido abate, que si he venido á Loudun, era porque estabais aqui? Por lo que hace á esas escenas de que hablais, solo me han parecido ridiculas, y os juro que ni por eso he dejado de tener el mismo apego á la especie humana de que tan eminente idea me han dado vuestras buenas lecciones, y porque cinco ó seis locas....

—No perdamos tiempo: yo os contaré y explicaré esa locura. Pero decidme ¿adónde vais? ¿Qué haceis ahora?

—Voy á Perpiñan, donde el Cardenal-duque debe presentarme al rey.

Al oír eso se levantó de la maleta el vivo y honrado abate; y andando ó por mejor decir corriendo por el cuarto de arriba abajo repetía sollozando, poniéndose encendido,

y saltándolo las lágrimas: ; El cardenal! ; El cardenal! ; Te van á perder, pobre mozo!

Dios de mi vida! ; Que papel querrán que haga! ; Qué pensarán hacer con él! ; Ay! ; Quien velará sobre vos en esa region peligrosa? dijo volviéndose á sentar, y cogiendo otra vez las dos manos de su discípulo con un cariño paternal procuraba leer en sus ojos.

— Eso es lo que yo no sé, dijo Cinq-Mars mirando al techo; creo que será el cardenal de Richelieu que era amigo de mi padre.

— Ay querido Enrique! Me haceis temblar, hijo mio, porque no dudeis de que causará vuestra perdicion, si no os prestais á ser dócil instrumento suyo. Ay! ; que no pueda yo ir con vos? ; Por qué me he conducido como un jóven de veinte años en este triste asunto?... Pero no, yo seria peligroso para vos; al contrario, conviene que me esconda. Ademas que tendreis, hijo mio, con vos al caballero de Thou. ; No es verdad? dijo procurando tranquilizarse; es vuestro amigo desde niño, aunque de alguna mas edad que vos: escuchadle, hijo mio, es un jóven muy

cuerdo que ha pensado bastante y tiene ideas propias.

— ¡Oh! sí, mi querido maestro, contad con que le tendré siempre grande afición, nunca he dejado de quererle....

— Pero seguramente habreis dejado de escribirle, repuso sonriéndose el abate.

— Perdonad, mi buen abate, que le he escrito una vez, y ayer le escribí tambien noticiándole que el Cardenal me llamaba á la corte.

— ¡Como! ¿Ha querido él que fuessis á ella?

Cinq-Mars le enseñó entonces la carta del ministro á su madre, y con esto se fue poco á poco tranquilizando su antiguo maestro.

— Vamos, vamos, decia en voz baja, vamos que no es tan malo; esto promete.... capitán de guardias á los veinte años.... no es es tan malo, no. Y se sonrió.

Contentísimo el jóven de ver aquella sonrisa que simpatizaba al fin con los sentimientos de su alma, se abalanzó al cuello del abate y le abrazó, como si aquel abrazo fuera

para él primer eslabon de una cadena de placeres , de gloria y de amor.

Desembarazándose sin embargo el buen abate con mucho trabajo de aquel abrazo tan estrecho , prosiguió de nuevo su paseo y sus reflexiones. Tosia y meneaba la cabeza repetidas veces , y no atreviéndose Cinq-Mars á proseguir la conversacion, le seguia con la vista y volvía á entristecerse viéndole otra vez tan serio.

El anciano se sentó por último , y le dirigió en tono grave el discurso siguiente :

— Hijo mio , yo he tomado parte como un padre en vuestras esperanzas ; empero debo deciros , y no lo hago para daros que sentir , que me parecen exageradas y fuera de lo natural ; si la intencion del cardenal no fuera mas que dar una prueba de su aficion y reconocimiento á vuestra familia , no serian tantas sus mercedes ; pero es probable que haya puesto los ojos sobre vos para alguna cosa. En virtud de lo que le hayan dicho , le pareceréis á propósito para hacer este ó aquel papel imposible de adivinar , y que él habrá combinado en lo mas recóndito de su alma ;

quiere enseñaros, adiestraros (perdonadme esta espresion en obsequio de su exactitud) en tal ejercicio, y cuando llegue el caso, pensadlo antes con detencion. Mas ahora no importa y creo que las cosas han llegado á un punto en que os estará bien seguirle la cuerda: asi han empezado grandes fortunas, y lo que conviene es no dejarse alucinar y gobernar ciegamente. Procurad no envaneceros con el favor y que la elevacion no os trastorne la cabeza; no os enfadeis, hijo mio, que lo mismo les ha sucedido á otros mas experimentados que vos. Escribidme muchas veces y tambien á vuestra madre; visitad al caballero de Thou y procuraremos aconsejaros con acierto. Ahora, hijo mio, tened la vondad de cerrar esa ventana porque me dá mucho aire en la cabeza, y voy á contaros lo que aquí está sucediendo.

Esperanzado Enrique en que habia ya terminado la parte moral de su discurso y creyendo que la otra no seria mas que una simple narracion, cerró al punto la ventana, que estaba llena toda de telas de araña, y volvió á sentarse de nuevo.

Ahora que lo pienso mejor, creo que no habeis perdido quizás el tiempo en pasar por Loudun, aunque sea tan triste la experiencia que debeis sacar de aqui: ella os enseñará lo que os dejé yo de decir en otro tiempo sobre la perversidad de los hombres; espero además que el fin no será sangriento y que llegará á tiempo la carta que hemos escrito al rey.

— He oido decir que habia sido interceptada, dijo Cinq-Mars.

— Pues entonces no hay que esperar nada, dijo el abate Quillet, y el cura está perdido. Pero escuchadme con atencion.

No permita Dios, hijo mio, que sea vuestro maestro, quien destruya mi propia obra y haga vacilar vuestra fé. Conservad siempre y en todas partes esa fé sencilla de que os ha dado ejemplo vuestra familia, que nuestros padres tenian en mas alto grado que nosotros, y de que no se averguenzan los mayores capitanes de nuestros tiempos. Al llevar vuestra espada, *acordaos* de que pertenece á Dios; pero cuando esteis entre los hombres, procurad tambien no dejaros engañar por el hipó-

crita; os atacará, os acometerá, hijo mio, por el flanco débil de vuestro sencillo corazón, la religión; y al presenciar las extravagancias de su afectado zelo, os creereis tibio en parangon suyo, pensareis que os remuerde vuestra propia conciencia, mas no será su voz la que oireis. ¡Cuánto mas clamaria, cuánto mas os remorderia, si hubieseis contribuido á perder á la inocencia invocando contra ella el falso testimonio del Cielo mismo!

— ¡Será posible, padre mio? dijo Enrique de Effiat juntando las manos.

— Es demasiado cierto, continuó el abate, y vos mismo lo habeis presenciado en parte esta mañana. ¡Quiera Dios que no seais testigo de mayores horrores! Pero estadme atento: aunque veais suceder lo que se quiera, por grande que sea el crimen que se atrevan á cometer, en nombre de vuestra madre y de cuanto apreciáis en este mundo suplicoos que no pronuncieis una palabra, ni hagais un gesto que dé á entender cuál es vuestra opinion en este asunto. Conozco el carácter ardiente que habeis heredado del mariscal vuestro padre, moderadle ú os perdeis sin remedio; es—

tos arrebatos causan poquísimas satisfacciones y acarrear grandes disgustos. ; Si supierais cuánta es la superioridad que adquieren los hombres con la calma y la templanza! Los antiguos las habían estampado en la frente de la divinidad como su más bello atributo, dando así á entender que ella es superior á nuestros recelos, á nuestras esperanzas, á nuestros gustos y á nuestras penas. Mostraos pues, imposible á la vista de las escenas que vais á presenciar, querido hijo; pero es necesario que las presenciéis, y que asistáis á ese funesto juicio: por lo que hace á mí, voy á pagar las consecuencias de mi tontería de estudiante: voy á decirós cuál es, para que veais que con una cabeza calva se puede ser tan chiquillo como con vuestros hermosos cabellos castaños.

El abate Quillet le puso aquí sus dos manos sobre la cabeza y continuó en estos términos:

—Diome, querido hijo, la curiosidad de ver, como uno de tantos, á los diablos de las Urulinas, y sabiendo que se alababan de hablar en todas lenguas, tuve la imprudencia de salirme del latin y hacerles algunas pre-

guntas en griego; la priora es muy bonita, pero no pudo responder en esta lengua. El médico Duncan observó en vez alta que era muy raro que el demonio, que nada ignoraba-cometiese barbarismos y solicismos en latin y no supiese contestar en griego. La jóven priora, que estaba acostada á la sazón en su cama de respeto, se volvió hácia la pared para llorar, y dijo en voz baja al padre Barré: “No puedo, mas, señor:” y habiendo yo repetido en voz alta estas palabras, hice montar en cólera á todos los exorcistas: dijéronme que debia saber que existian demonios mas ignorantes que villanos, y añadieron que no podíamos dudar de su poder y fuerza física: puesto que los espíritus llamados: “Gresil de los tronos, Aman de las potestades y Asmodeo:” habian prometido quitarle el solideo á M. de Laubardemont. Estaban disponiéndose para esto, cuando el cirujano Duncan que es un hombre de bien y de muchas luces, pero bastante burlon, acertó á tirar de un hilo que descubrió atado á una columna como un cordón de campanilla, y que caía muy cerca del relator del consejo real; aquella vez le lla-

maron hugonote , y creo que le pasaria mal si no fuera por la proteccion del mariscal de Brezé. El señor conde Du-Lude se acercó entonces con su acostumbrada serenidad, y suplicó á los exorcistas que conjurasen á los demonios en presencia suya. El padre Lactancio, aquel capuchino tan negro y que mira con tanta aspereza , se encargó de sor Inés y de sor Clara ; levantó ambas manos y mirándolas como una serpiente á dos palomas, grito con voz de trueno: *Quis te misit, diabole?* y las dos muchachas contestaron á la par: *Urbanus.* Iba á continuar cuando sacando Du-Lude con gesto compunjado una cajita de oro, dijo que allí tenia guardada una reliquia heredada de sus mayores , y que no dudando del endiablamiento , iba á certificarse con ella. Embelesado el padre Lactancio, agarró la cajita, y apenas tocó con ella la frente de las dos muchachas cuando empezaron á dar grandísimos brinco y á retorcerse pies y manos; Lactancio prosiguió berreando sus exorcismos; *Barré se hincó de rodillas con todas las viejas; Mignon y los jueces no pensaban mas que en palmotear, y Laubardemont hacia im-*

pasible la señal de la cruz sin mostrar ninguna alteracion. Luego que Du-Lude recogió su reliquia, las religiosas se quedaron sosegadas y Lactancio le dijo con arrogancia: “No creo que debéis dudar de la verdad de vuestra reliquia.”

— “Lo mismo que del endiablamiento:” contestó Du-Lude, abriendo su caja que... estaba vacia.

— Ustedes se están burlando de nosotros, dijo Lactancio.

Yo estaba ya indignado de aquella mogi-ganga, y contesté :

— Si señor, del mismo modo que ustedes hacen escarnio de Dios y de los hombres.— Este es el motivo, querido amigo, porque me veis puestas unas botas de siete leguas, tan gruesas y tan pesadas que me están destrozando los pies, así como estas larguísimas pistolas: nuestro Laubardemont ha despachado contra mí auto de prision, y aunque viejo no quiero dejarme agarrar por él.

— Pero, ¿tanto poder tiene? exclamó Cinq-Mars

— Mas de lo que se cree y de lo que creerse pudiera; sé que la abadesa endemoniada es

sobrino suya, y que tiene orden del consejo en que se le manda juzgar á Urbano Grandier, sin admitir las apelaciones que pudieran hacerse al parlamento á quien prohíbe el cardenal que entienda en esta causa.

—¿Y cuáles son en resumen sus culpas? preguntó el jóven ya interesado sobremanera.

—Estar dotado de una alma grande y un genio superior, tener una voluntad inflexible que ha despertado el encono del gobierno, abrigar una pasión profunda que ha abrasado su pecho y héchole cometer el único pecado mortal, de que creo puede tachársele; pero solo violando el secreto de sus papeles y quitándoselos á la octogenaria Juana de Estiévre, su madre, se ha llegado á saber y publicar su amor á la hermosa Magdalena de Bron; esta jóven señorita se habia negado á casarse y queria tomar el velo. ¡Ojalá que no haya presenciado el espectáculo de hoy! La elocuencia de Grandier y su angelical belleza suelen muchas veces exaltar á mugeres acudidas de lejos para oírle hablar; he visto á algunas desmayarse en sus sermones, y exclamar á otras que era un angel y tocar sus vestidos

y besar sus manos cuando bajaba del púlpito. Verdad es que solo su belleza era incomparable con la sublimidad de sus pláticas inspiradas; en sus labios se reunían la dulce miel de los Evangelios y la centellante llama de las profecías, y el sonido de su voz indicaba que tenía un corazón lleno de lástima hacia las miserias del hombre é hinchado de lágrimas prontas á derramarse sobre ellas.

El buen sacerdote se interrumpió aquí, porque él también hablaba sollozando y con las lágrimas en los ojos; su cara redonda y naturalmente risueña estaba mas patética que lo estaría otra en aquel estado, pues no parecía nacida para la tristeza. Cinq-Mars, cada vez mas conmovido, le apretó la mano sin decirle nada temiendo interrumpirle. El abate sacó un pañuelo encarnado, se limpió los ojos, se sonó y prosiguió así:

—Este es el segundo ataque que sufre Grandier de parte de sus enemigos; ya le habían acusado de que embrujaba á las religiosas, y examinado por varios santos prelados, magistrados de luces y sábios médicos, le dieron por abusado, y todos indignados habían

impuesto silencio á estos demonios en figura humana. El bueno y piadoso arzobispo de Burdeos se contentó con elegir él mismo á los examinadores de estos supuestos exorcistas, y esta disposición suya puso en huida á los tales profetas y acalló su infierno. Pero humillados con la publicidad que tuvieron los debates, y avergonzados de ver que Grandier hubiese sido recibido tan favorablemente por nuestro buen rey cuando fué á echarse á sus pies en París, han conocido que si este triunfaba, ellos se veían perdidos y serían tenidos por impostores. El convento de las Ursulinas no parecía ser ya mas que un teatro en que se representaban indignas comedias, y cuyas actrices eran las inmodestas religiosas; mas de cien personas ensañadas contra el cura se habían comprometido con la esperanza de perderle, y, lejos de desvanecerse la trama, cobraron nuevas fuerzas con el mal éxito de su primera tentativa: he aquí los medios de que han echado mano sus implacables enemigos.

—¿Conoceis á un hombre llamado la *Eminencia parda*? ¿Ese temible capuchino de que el cardenal se vale para todo, á quien con-

mitea á menudo y continuamente desprecia? A él se han dirigido los capuchinos de Loudun. Una muger de este pueblo y de la bez de la plebe, llamada Hamon, tuvo la fortuna de agradar á la reina cuando pasó por aqui, y se la llevó agregada á su servidumbre. Ya sabeis el odio que se tienen aquella y el cardenal, pues no ignorais que Ana de Austria y Richelieu se disputaron algun tiempo el favor del rey, y que la Francia no sabia nunca cual de estos dos soles habia de nacer al dia siguiente por la mañana. En una ocasion en que estaba eclipsado el cardenal, amaneció una sátira disparada del sistema planetario de la reina, cuyo título era: «La zapatera de la reina madre.» Estaba escrita muy chocarreramente: pero contenia cosas tan injuriosas sobre el nacimiento y persona del cardenal, que los enemigos de este ministro aprovecharon la ocasion y le dieron una celebridad que le irritó sobremanera. Dicen que revelaba muchos arcanos é intrigas que creia impenetrables: leyó esta obra anónima, y quiso saber el nombre del autor. En esta coyuntura escribieron al padre José los capuchinos de esta

pequeña ciudad, noticiándole que una correspondencia seguida entablada entre Grandier y la Hamon no dejaba duda alguna de que este fuera el autor de la diatriba. En vano habia publicado anteriormente muchos libros de oraciones y meditaciones, cuyo solo estilo debia vindicarlo de la nota de haber puesto la mano en un libelo escrito en el lenguaje de las verduleras; mas prevenido ya el cardinal contra Urbano desde mucho tiempo atrás, no quiso sino encontrarle delincuente; recordáronle que cuando no era mas que prior de Coussay, Grandier le disputó y aun le ganó la precedencia, y mucho me engaño si el paso que dió entonces no le conduce hasta la sepultura.

Al decir esto, se asomó una triste sonrisa á los labios del abate.

—¡Cómo! ¿Creis que no paren hasta hacerle morir?

—Si, hijo mio, si, hasta hacerle morir; ya han cogido todos los documentos y sentencias de absolucion que podian servirle de defensa, á pesar de la resistencia de su infeliz madre que las conservaba como el permiso de

vivir de su hijo. Ya han propalado que una obra contra el celibato de los sacerdotes encontrada entre sus papeles estaba destinada á proteger el cisma. Sin duda que es muy delincente, y que por puro que sea el amor que se la ha inspirado, es un gran pecado en el hombre consagrado exclusivamente á Dios; pero este pobre sacerdote estaba lejos de querer alentar á los hereges; y que dicen la habia compuesto para aplacar los remordimientos de la jóven de Brou. Se ha conocido tanto que sus verdaderas culpas no eran suficientes para imponerle la pena de muerte, que se ha vuelto á sacar á luz la acusacion de brujería olvidada hacia mucho tiempo; y fingiendo el cardenal dar crédito á ella, ha establecido en esta ciudad un nuevo tribunal y puesto á su frente á Laubardement: esta es una señal de muerte. ¡ Ay! Plegue al cielo que nunca lleguéis á conocer lo que la corrupcion de los gobiernos llama *golpes de Estado*.

En aquel momento se oyó un grito horroroso al otro lado de una pequeña pared del patio; levantóse el abate todo asustado y Cinq-Mars hizo otro tanto.

—Es una voz de muger, dijo el anciano.

—¡Qué lastimoso es! dijo el jóven. ¿Qué ha sido eso? gritó á sus criados que habian salido todos al patio.

Respondieron que ya no se oia nada.

—Está bien, está bien, dijo el abate, no metais mas bulla. Y cerrando la ventana se tapó los ojos con ambas manos.

—¡Ay qué grito! hijo mio, dijo (y estaba muy descolorido) ¡qué grito! Me ha atravesado el alma de parte á parte: alguna desgracia ha ocurrido. ¡Dios de mi vida! me ha puesto turbado y no puedo proseguir hablando; ¡Es posible que le haya oído cuando estaba hablando de vuestra suerte! Dios os bendiga, mi querido hijo: hincaos de rodillas.

Hízolo así Cinq-Mars, y un beso que recibió en sus cabellos le advirtió que el anciano le habia ya bendecido y le levantaba diciendo:

—Daos prisa, amigo mio, que la hora se acerca; podrian encontraros en mi casa, y así marchad; dejad aquí vuestros caballos y vuestros criados, y salid embozado en una capa. Yo tengo que escribir muchísimo antes de que

la oscuridad me permita tomar el camino de Italia.

Abrazáronse otra vez prometiendo escribirse, y Enrique se alejó. El abate le siguió todavía con la vista desde la ventana, gritándole: «Sed muy cuerdo, suceda lo que sucediere.» Y le echó otra vez su paternal bendición, diciendo: ¡Pobre niño!



CAPITULO IV.

La causa criminal.

Aunque el cielo, los hombres,
los demonios, aunque todos juntos
se conjuren para llenarme de de-
nuestos, hablaré.

SHAKESPEARE, *Otelo.*

A pesar de la costumbre de las sesiones se-
cretas introducida por Richelieu, los jueces
del cura de Loudon quisieron que la sala es-
tuviese abierta al público y no tardaron en
arrepentirse de esta medida; pero al princi-
pio creyeron haber embaucado bastante á la
muchedumbre con sus diversas truhanerías
que duraron cerca de seis meses: todos esta-

ban interesados en la pérdida de Urbano Grandier, pero querian que la indignacion pública sancionase en cierta manera la sentencia de muerte que preparaban y tenian orden de pronunciar efectivamente, segun le habia dicho el buen abate á su discípulo.

Lauberdemont era una especie de ave de rapiña que soltaba el cardenal siempre que su venganza necesitaba un agente activo y seguro, y en aquella ocasion justificó plenamente la eleccion que de su persona habia hecho. Solo cometió una falta, y fue permitir que contra la costumbre fuese pública la vista de la causa: su intencion era aterrar é intimidar y lo logró; pero causó un horror general.

El gentío que dejamos á la puerta permaneció dos horas en el mismo sitio, durante cuyo intervalo un ruido sordo de martillos indicaba que en lo interior de la sala se hacian apresuradamente ignorados preparativos. Los archeros hicieron girar por último sobre sus goznes las pesadas puertas de la calle, y el pueblo se precipitó dentro lleno de curiosidad. El jóven Giuq-Mars fue arrastrado por la segunda oleada de gente, y se colocó detrás

de un grueso pilar de aquel edificio donde permaneció para observar sin que nadie le viera. Notó con disgusto que estaba cerca del grupo negro de los vecinos; pero habiéndose vuelto á cerrar las colosales puertas, dejaron toda la parte del local que ocupaba el pueblo en una oscuridad tal, que nadie habria podido conocerle. Aunque era todavía la hora del medio dia, la sala estaba alumbrada con hachones, pero casi todos puestos hácia el extremo en que se hallaba el estrado de los jueces sentados en una mesa larguísima; los sitaliales, mesas, escalones y demás estaban colgados de negro, lo cual esparcía un viso lívido y melancólico sobre todos los semblantes. A la izquierda habia un banco preparado para el reo, y sobre el crespon de que estaba cubierto se habian bordado de realce unas llamas de oro aludiendo al motivo de la acusacion. En él se hallaba sentado el acusado, rodeado de archeros, y teniendo siempre atadas las manos con cadenas que tenian dos frailes con fingido sobresalto, haciendo como que se apartaban al mas pequeño de sus movimientos, cual si tuviesen sujeto á algun

tigre ó rabioso lobo, ó fuera á pegarse fuego á sus hábitos. Asi mismo cuidaban con afán de que el pueblo no pudiera verle el rostro.

El impassible rostro de Laubardemont dominaba al parecer á los jueces que eran todos hechuras suyas; no obstante de llevarles la cabeza, estaba sentado en un asiento mas elevado, y cada una de sus miradas recelosas y apagadas les comunicaba una órden. Vestia una larga y ancha toga encarnada y tenia un solideo negro puesto sobre la cabeza; entonces parecia entretenido en ordenar varios papeles que alargaba luego á los jueces y hacia pasar entre ellos de mano en mano. Los acusadores, que eran todos eclesiásticos, se hallaban sentados á la derecha de los jueces; con horror lo decimos, estaban revestidos de albas y estolas, distinguiéndose entre los demás al padre Lactancio, por la sencillez de su hábito de capuchino, por su corona y la aspereza de sus facciones. En una tribuna reservada estaba el obispo de Poitiers, y habia además otras varias llenas de mugeres tapadas. A los pies de los jueces se revolvía una grosera turba de hombres y mugeres de la

hez del pueblo detrás de las seis jóvenes religiosas Ursulinas avergonzadas de estar tan cerca de ellos: estos eran los testigos.

El resto de la sala estaba ocupado por una concurrencia inmensa, sombría, silenciosa, agarrada á las cornisas, puertas y vigas y sobrecojida de un terror que arredraba á los jueces, porque era efecto del interés que causaba el acusado. Un gran número de archeros armados con largas picas completaban dignamente aquel lúgubre cuadro.

A un gesto que hizo el presidente se previno á los testigos que se retirasen y un ujier les abrió una pequeña puerta. Notóse entre ellos á la priora de las ursulinas que al pasar delante de M. de Laubardemont se acercó á él y le dijo bastante recio: Me habeis engañado, señor. El juez se mantuvo impasible, y ella salió.

Todos guardaban un profundo silencio.

Levantándose entonces con gravedad, pero con visible turbacion, uno de los jueces llamado Houmain, teniente del crimen de Orleans, leyó una especie de acusacion fiscal con un tono de voz tan bajo y ronco, que era im-

posible percibir ninguna de sus palabras. Hacíase oír sin embargo, siempre que lo que iba á leer debía causar impresion en el ánimo del pueblo. Dividió en dos clases las pruebas de la causa: unas deducidas de las declaraciones de setenta y dos testigos, y otras (y estas eran las mas ciertas) de los exorcismos de los reverentes padres aqui presentes, exclamó haciendo la señal de la cruz.

Los padres Lactancio, Barré y Mignon se inclinaron profundamente haciendo tambien la sagrada señal.

—Sí, respetables señores, dijo encarándose con los jueces, en vuestra presencia se ha reconocido y depositado ese ramillete de rosas blancas y ese manuscrito firmado con la sangre del mágico, copia del pacto que habia celebrado con Lucifer y que se veia obligado á llevar consigo para conservar su poder. Aun se leen con horror estas palabras escritas al pie del pergamino: *El original se encuentra en los infernos en el gabinete de Lucifer.*

Oyóse á esto entre la gente una gran carcajada que parecia salir de un pecho robusto

to. Púsose encarnado el presidente é hizo una señal á los archeros, que trataron en vano de buscar al alborotador. El relator continuó:

—Los demonios se han visto reducidos á declarar sus nombres por la boca de sus víctimas: estos nombres y sus hechos están todos depositados sobre esa mesa: llamanse Astarot, del órden de los Serafines; Easás, Celso, Acaos, Cedron, Asmodeo, del órden de los Tronos; Alex, Zabulon, Cham, Uriel y Achas, de los Principados &c. &c., porque su número era infinito. Pero lo que hace á sus acciones ¿quién hay entre nosotros que no las haya presenciado?

Levantóse un gran murmullo entre la concurrencia y se impuso silencio; adelantáronse algunas alabardas, y todos se callaron.

—Hemos visto con tristeza á la jóven y respetable priora de las Ursulinas arañarse el pecho con sus propias manos y echarse á rodar por el suelo, y á las otras hermanas Ines, Clara, &c. olvidarse de la modestia de su sexo haciendo gestos espresivos, ó prorumpiendo en inmoderadas risas. Y cuando

algunos impios han llegado á dudar de la existencia de los demonios , y nosotros mismos sentiamos vacilar nuestro convencimiento porque no querian esplicarse ni en griego ni en árabe delante de personas desconocidas, los reverendos padres nos han confirmado en nuestra opinion dignándose hacernos presente que siendo tanta la malicia de los espíritus malignos, no era extraño que hubiesen finjado aquella ignorancia para que no se les mortificase con tantas preguntas; que habian cometido ademas en sus respuestas algunos barbarismos y solicismos con el objeto de que les despreciasen, y los santos doctores los dejaran en paz; y que su odio era tan implacable, que estando para dar uno de sus milagrosos chascos habian colgado una cuerda en el techo á fin de que fuesen acusados de supercheria unos personajes tan venerados; siendo asi que han afirmado bajo juramento varias personas de respeto que nunca habia habido cuerda alguna en aquel sitio.

Pero, señores, mientras el cielo se explicaba tan maravillosamente por medio de sus

santos intérpretes , ahora mismo nos acaba de iluminar otra luz ; en tanto que los jueces estaban embebidos en sus profundas meditaciones , se oyó un grito penetrante en la sala del consejo , y habiéndonos trasladado al lugar de la escena , encontramos el cuerpo de una inocente jóven de ilustre nacimiento , que acaba de espirar en la calle pública entre los brazos del reverendo padre Mignon , canónigo ; y hemos sabido por el mismo padre que se halla aquí presente , y otras muchas personas de gravedad , que sospechándose que esta señorita estuviese endemoniada por la voz que corria hace mucho tiempo de la admiracion que tenia por ella Urbano Grandier , tuvo la feliz ocurrencia de cerciorarse de ello diciéndole repentinamente al acercarse á ella : *Grandier acaba de ser ajusticiado* ; y al oír esto no dió mas que un grito y cayó muerta , habiéndola así privado el demonio del tiempo necesario para recibir los auxilios de nuestra santa madre la iglesia católica.

Levantóse entre la gente un murmullo de indignacion , y se oyó pronunciar la palabra

asesino ; los ugieres impusieron silencio, pero restablecióle luego el relator volviendo á tomar la palabra , ó por mejor decir, triunfó la curiosidad general.

—Y qué abominacion , señores ! se le ha encontrado encima esta obra escrita del propio puño de Urbano Grandier. Y sacó de sus papeles un libro forrado de pergamino.

--Cielos! exclamó Urbano desde su banco.

—Estad con cuidado , dijeron los jueces á los archeros que le rodeaban.

—Seguramente va á hacerse patente el demonio , dijo el padre Lactancio con voz siniestra ; apretad mas sus cadenas. Y obedecieron.

—Cielos ! cielos ! esto es ya demasiado ! exclamó el acusado cayendo en el suelo desmayado.

Alteróse la concurrencia en diversos sentidos , y hubo un momento de desorden. Infeliz ! él la amaba , decian unos. Una señorita tan buena ! decian las mugeres : la compasion empezó á triunfar. Echaron agua fria en el rostro de Grandier , sin sacarle de la

sala y le ataron al banquillo. El relator continuó :

— Tenemos orden de leer al tribunal el principio de este libro.

» Por tí, dulce y hermosa Magdalena, por tranquilizar tu conciencia alterada, he pintado en este libro un solo pensamiento de mi alma. Todos ellos son tuyos, celestial doncella, porque á tí se encaminan como término de mi existencia ; pero este pensamiento que te envío como una flor, procede de tí, nada mas que de tí vive, y á tí sola se encamina.

» No estes triste porque me amas, no te aflijas porque yo te adoro. ¿Qué es lo que hacen los ángeles del cielo ? ¿ Cuáles son las promesas hechas á las almas de los bienaventurados ? ¿ Somos nosotros menos puros que los ángeles ? Se desprenden menos nuestras almas de la tierra despues de la muerte ? ¡ Magdalena ! ¿ Qué cosa hay en nosotros que excite la ira del Señor ? ¿ Será cuando hacemos oracion juntos, y prosternando la frente delante de los altares pedimos una muerte cersana que nos sobrecoja en la época del

amor y de la juventud? ¿Será cuando meditando á solas debajo de los árboles fúnebres del cementerio buscábamos una sepultura para entrambos, riéndonos de la muerte y llorando sobre nuestra vida? ¿Será cuando vienes á arrodillarte delante de mí en el tribunal de la penitencia, y hablando allí en presencia de Dios no puedes encontrar nada malo que revelarme, merced á lo que yo he sustentado tu alma en las puras regiones del cielo? ¿Quién podría, pues ofender á nuestro criador?

» ¿Qué escrúpulos, pues, conservas aun hermana mia? ¿Crees que he tributado á tu virtud un culto demasiado grande? ¿Crees que la pura admiracion de tu persona me haya apartado de la del Señor?...»

Aquí llegaba Houmain cuando se abrió de golpe la puerta por donde habian salido los testigos. Los jueces se hablaron inquietos al oido, y perpejo Laubardemont hizo una seña á los padres para saber si era alguna escena preparada por orden suya, pe-

ro como se quedaron sorprendidos y estaban apartados á alguna distancia, no pudieron darle á entender qué no eran ellos los que habian dispuesto aquella interrupcion. Además de que antes de que pudieran haber respondido con los ojos, vieron todos adelantarse con notable asombro hasta la mitad del estrado tres mugeres en camisa, con los pies desnudos, una sogá al cuello y un cirio en la mano. Era la priora seguida de las hermanas Ines y Clara, ambas llorando amargamente; la priora estaba muy pálida, pero su continente era resuelto y sus miradas fijas y valientes. Hincóse de rodillas imitándola sus compañeras: todos se turbaron en tales términos, que á nadie se le ocurrió detenerla, y con voz clara y nada trémula pronunció estas palabras que resonaron en todos los ángulos de la sala.

— En nombre de la Santísima Trinidad, yo Juana de Belfiel, hija del baron de Cose é indigna priora del convento de las ursulinas de Loudun, pido perdon á Dios y á los bombres del crimen que he cometido acusando al inocente Urbano Grandier. Mi endia-

blamamiento era falso, sugeridas mis palabras - estoy abrumada de remordimientos...

—Bien! exclamaron las tribunas y el pueblo palmoteando: levantáronse los jueces, dudosos los archeros miraron al presidente, y este se estremeció de pies á cabeza, pero se mantuvo inmóvil.

—Que calle todo el mundo, dijo con áspero acento: cumplid con vuestro deber, archeros,

Aquel hombre se sentía apoyado por un brazo tan vigoroso que nada le asustaba, pues nunca se le habia ocurrido pensar en el cielo.

—¿Qué pensais de esto, padres? dijo haciendo una seña á los frailes.

—Que el demonio quiere salvar á su amigo.... *Obmutesce, Satanás!* exclamó el padre Lactancio con voz de trueno fingiendo exorcismar todavía á la priora.

La lumbre prendida á la pólvora no produce un efecto mas rápido que el que produjo en la religiosa esta sola espresion. Levantóse inmediatamente Juana Belfiel en todo el lustre de su juvenil belleza, que realzaba

todavía su terrible desnudez ; parecía un alma escapada del infierno que se aparecía á su seductor ; paseó sus ojos negros por los religiosos , y Lactancio bajó los suyos ; dió luego dos pasos con sus pies desnudos , cuyas plantas hicieron resonar fuertemente al tablado , y teniendo siempre el cirio en las manos , que en ellas parecía la espada del ángel , le dijo con resolución :

— Callaos , impostor ; el demonio que tenía en el cuerpo erais vos , vos que me habeis engañado ; Urbano no iba á ser juzgado , y hasta hoy no he sabido que sí ; desde hoy entreveo su muerte , y hablaré.

— Muger , el demonio te alucina.

— Decid que me alumbra el arrepentimiento. ¡ Jóvenes tan desgraciadas como yo , levantaos ! ¡ No es inocente ?

— Lo juramos , dijeron manteniéndose arrodilladas las dos hermanas legas arrasadas en lágrimas , porque no les animaba á ellas una resolución tan firme como á la priora. Y aun apenas hubo pronunciado Ines esta palabra , cuando volviéndose á la parte del pueblo exclamó : ¡ Socorredme , que me castiga-

rán y condenarán á morir! Y llevándose consigo á su compañera , se metió entre la gente que las recibió con trasporte: alzaronse mil voces para defenderlas; se oyeron varios juramentos, los hombres golpearon en el suelo con sus palos, y asi no fue posible estorbar que el pueblo las hiciese salir de brazo en brazo hasta la calle.

Durante esta nueva escena los jueces confundidos estuvieron cuchicheando entre ellos, Laubardemont miraba á los archeros y los indicaba los puntos que debian celar con mas cuidado, señalando muchas veces con el dedo el grupo negro de los vecinos. Los acusadores miraron á la tribuna del obispo de Poitiers, mas no encontraron ninguna expresion sobre su apática fisonomía. Era uno de aquellos viejos que han muerto diez años antes que en ellos se acabe enteramente el movimiento; su vista parecia empeñada con un semi-sueño; su boca de espuerta no acertaba mas que á pronunciar algunas palabras vagas y habituales de devocion que no tenian ningun sentido, pero aun conservaba bastante inteligencia para distinguir entre los hom-

bres cuál era el mas fuerte y obedecerle á ciegas sin cuidarse de nada mas. Habia pues, firmado la sentencia de los doctores de la Sorbona declarando endemoniadas á las religiosas sin pararse á considerar que pudiera resultar de esto la muerte de Urbano; lo demas le parecia una ceremonia mas ó menos larga, que ni le llamaba la atencion estando tan acostumbrado á verlas y vivir entre ellas y aun á ser parte y mueble indispensable de las mismas. No dió, pues, señal alguna de vida en aquella ocasion y se contentó con guardar un continente de nobleza y utilidad perfecta.

Sin embargo, el padre Lactancio, tuvo un momento de lugar para serenarse. Y dijo volviéndose hacia el presidente:

— Véase una prueba clarísima que nos envia el cielo sobre el endiablamiento; la señora priora no habia echado aun en olvido la modestia y serenidad de su órden.

— ¡Qué no esté aquí para contemplarme el universo entero! dijo Juana de Belfiel siempre con la misma firmeza. Nunca me veré en la tierra tan abatida como merezco, y el

cielo me arrojará de sí porque he sido vuestro cómplice.

Corria el sudor por la frente de Laubardemot; empero probando á sosogarse le respondió: ;Qué absurdo fábula! ¿Pues quien os obligó á mentir, hija mia?

La voz de la doncella tomó entonces un tono sepulcral, reunió todas sus fuerzas, y apoyando la mano en su corazon como si quisiera arrancársele respondió mirando á Urbano Grandier: El amor.

Estremeciéronse los concurrentes, y Urbano que desde su desmayo habia permanecido con la cabeza baja y como si estuviera muerto, levantó pausadamente los ojos sobre ella, y volvió de nuevo á la vida para sufrir un nuevo dolor. La jóven penitente continuó:

—Si, el amor que él ha repelido, que nunca ha llegado á conocer por entero, el amor que yo habia respirado en sus palabras, que mis ojos bebieron en sus celestes miradas y al que sus mismos consejos no hicieron mas que dar incremento. Si, Urbano es puro como los ángeles, pero bueno como

los hombres que han amado. Ay de mí! Yo no lo sabía! Vosotros, prosiguió hablando con mas viveza, señalando á Lactancio, Barré, y Mignon y trocándose en indignacion el acento apasionado de sus palabras, vosotros fuisteis los que me dijeron que amaba, vosotros los que me habeis vengado cruelísimamente matando á mi rival con una palabra. Ay! yo solo queria repararlos! Sin duda que era un crimen, pero soy italiana por parte de madre; me abrasaba de amor, estaba celosa, vosotros me prometiais que veria á Urbano, que seria mi amigo, que le veria diariamente... Aquí se calló, y luego dijo gritando: Pueblo, está inocente! Perdoname, martir, y dejame abrazar tus pies! Y cayó á los pies de Urbano acabando por derramar torrentes de lágrimas.

Grandier levantó sus manos atadas estrechamente, y echándole su bendicion dijo con dulzura aunque con débil acento.

—Andad, hermana, yo os perdono en nombre de aquel en cuya presencia me encontraré dentro de poco; ya os lo dije que yo en otro tiempo y ahora lo veis por vos

misma, las pasiones hacen mucho daño cuando no se piensa en encaminarlas al cielo.

Asomóse por segunda vez el rubor á la frente de Laubardemont, y dijo: Desdichado! ¿Cómo te atreves á pronunciar las palabras de la iglesia?

—Nunca he abandonado su seno, dijo Urbano.

Que se lleven esa muchacha, dijo el presidente.

Cuando los archeros quisieron obedecer, advirtieron que habia apretado con tal fuerza la soga que llevaba al cuello, que estaba ya amoratada y casi sin vida. Saliéronse casi todas las mugeres presentes y aun muchas fueron sacadas fuera desmayadas, pero no por eso se desocupó parte alguna de la sala, que la gente se iba estrechando cada vez mas, y seguian entrando sucesivamente los hombres que se habian quedado en la calle.

Atemorizados los jueces se levantaron, y el presidente mandó desocupar la sala, pero el pueblo se cubrió y se mantuvo en una inmovilidad siniestra; los archeros no eran bastante numerosos, fue menester ceder y

Laubardemont dijo con voz alterada que el consejo iba á retirarse durante media hora. Levantó la sesion, y el público permaneció de pie con aire sombrío.

CAPITULO V.

El martirio.

El tormento pregunta y el dolor responde.

RAYNOUARD, *Los Templarios.*

El interés siempre creciente de esta causa, sus preparativos, sus interrupciones, todo habia embebido tanto la atención del público, que no habia podido trabarse ninguna conversacion particular; verdad es que se habian oido algunas voces, pero simultáneamente y sin que nadie advirtiese las impresiones de lo que estaba á su lado, ni tratase de adivinarlas ó comunicarle las suyas. Sin embargo, cuando el público se vió solo entregado á sí

mismo, se oyó como una explosión de palabras estrepitosas. Distinguíanse muchas voces entre aquella algarabía que dominaban el rumor general, á la manera que un coro de trompetas sobresale por entre una orquesta. La gente del pueblo conservaba aun en aquel tiempo una dosis razonable de su sencillez primitiva para dar todavía crédito á las misteriosas fábulas de los agentes que la manejaban, hasta el punto de no atreverse á dar su parecer á la vista de la evidencia misma: la mayor parte aguardaron llenos de terror la vuelta de los jueces, hablándose á media voz estas palabras dichas con cierto aire de misterio é importancia, que suelen ser siempre el distintivo de la necedad medrosa. —No se sabe qué pensar, señor.—Verdaderamente, señores, que estan pasando cosas muy extraordinarias!—Yo habria sospechado parte de todo esto, pero á fé mia que no hubiera sabido fallar, ni ahora sé tampoco lo que fallaria.—Bueno es vivir para ver.—Vivimos en unos tiempos! &c. Conversaciones majaderas de la muchedumbre que solo sirven para hacer ver que es siempre del pri-

mero que llegue. Estas palabras formaban el acompañamiento; pero eran muy otras las voces que se oían hácia el grupo negro. ¿Y lo hemos de dejar así? Cómo! Llevar la audacia hasta el punto de quemar nuestra carta al rey! ; Si V. M. lo supiera! — Bárbaros! Impostores! ; Con cuánta astucia han formado la trama! — Tendremos miedo á esos archeros! No, no, no! Estas eran las trompetas y los tiples de la orquesta.

Notábase entre todos al jóven abogado que subido en un banco empezó haciendo mil pedazos un cuaderno de papeles, y levantando luego la voz exclamó: Sí, rasgo y arrojé al aire la defensa que habia preparado en favor del acusado; han prohibido los debates y no me es permitido hablar en su pró; solo puedo hablarte á tí, pueblo, y me congratulo de ello. ¿Habeis visto á esos infames jueces? ; Cuál de entre ellos es capaz de oír todavía la verdad? ; Cuál es digno de escuchar al hombre de bien? ; Cuál se atreverá á resistir su mirada? ; Qué es lo que estoy diciendo La verdad la conocen por entero, la tienen encerrada en sus culpables pechos, y roe sus

corazones como una serpiente: sí, no dudeis de que estan temblando dentro de su guarida en la que van seguramente á devorar á su presa. Si, tiemblan; porque han oido los gritos de tres mugeres alucinadas. ¿Qué es lo que iba yo á hacer? ¿A hablar en favor de Urbano Grandier! ¿Qué elocuencia puede ser comparable con la de estas desdichadas, ni qué palabras os demostrarian mas palpablemente su inocencia? El cielo ha intervenido en favor suyo llamándolas á la verdad y al arrepentimiento, y el cielo rematará su obra.

—*Vade retrò, Satanas*, dijeron unas voces oidas por una ventana bastante alta.

Fournier se interrumpio un momento y repuso: ¿Ois parodiar á esas voces el lenguaje divino? Mucho me equivoco si esos instrumentos del demonio no preparan con ese canto algun nuevo maleficio.

—Pues aconsejadnos, exclamaron todos cuantos le rodeaban. ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Adónde se le han llevado?

—Permaneced aqui inmóviles y silenciosos, respondió el jóven abogado; todo lo al-

causa la inercia de un pueblo, y en ella estriba toda su fuerza y poderío. Mirad en silencio y os hareis temer.

—Seguramente, no se atreverán á volver á salir, dijo el conde Du Lude.

—Yo desearia en el alma volver á ver á aquel picaronazo vestido de encarnado, dijo Grandferré á quien no se le habia escapado nada.

—Y yo á aquel buen señor cura, tartamudeó el anciano padre Guillermo Leroux mirando á todos sus hijos irritados que se hablaban en voz baja midiendo y contando los archeros. Burlábanse hasta de su vestido y empezaban ya á apuntarles con el dedo.

Cinq-Mars permanecia arrimado á la columna detrás de la que se habia colocado en un principio; embozado siempre en su capa negra, devoraba con la vista todo lo que pasaba, no perdía una palabra de lo que decían, y su corazón estaba henchido de hiel y de amargura: acometíale involuntariamente un deseo violento de muerte y de venganza, una ansia vaga de herir y derramar sangre; era la primera impresion que produce la mal-

dad en el alma de un jóven; luego á la cólera sucede la tristeza, sigue despues la indiferencia y el desden, y se acaba por sentir á lo último una admiracion calculada hácia los grandes malvados que salen bien de sus crímenes, pero es cuando de los dos elementos que encierra el hombre triunfa el barro sobre el espiritu.

A la derecha de la sala y cerca del estrado levantado para los jueces habia un corro de mugeres que parecian muy entretenidas en mirar un niño de cerca de ocho años que habia acertado á subirse sobre una cornisa con el auxilio de los brazos de su hermana Martina, la misma con que hemos visto se habia chanceado el jóven soldado Grandferré. Este chico, no teniendo ya que ver nada despues de la salida del tribunal, se habia encaramado forcejeando con pies y manos hasta una pequeña lumbrera que daba entrada á una luz muy escasa, y que creyó encerraría algun nido de golondrinas ú otro tesoro por este estilo propio de su edad; pero cuando hubo sentado bien los pies sobre la cornisa de la pared y se vió con las mano a sí-

das á los hierros de un antiguo nicho de S. Gerónimo, hubiera querido estar muy lejos de allí y gritó:

—Ay hermana! hermana! dame la mano para bajar.

—Pues qué es lo que ves?

—Ay! no me atrevo á decirlo, pero quiero bajar. Y el niño se echó á llorar.

—Estate, estate, dijeron todas las mujeres; estate ahí, hijo mio, no tengas miedo y dinos todo lo que veas.

—Pues bien, sabed que han acostado al cura entre dos tablas muy grandes con que le estrujan las piernas; al rededor de ellas distingo unas cuerdas.

—Ese es el tormento! dijo un hombre de la ciudad; mira bien, amiguito. ¿Que mas ves?

Sosegado ya el chico se asomó á la lumbrera con mas confianza y respondió:

—Ya no distingo al cura, porque todos los jueces estan en torno de él mirándole, y sus ropones no me le dejan ver. Tambien hay algunos capuchinos que se inclinan para hablarle en voz baja.

La curiosidad reunió mas gente al pie del muchacho , y todos guardaron silencio , esperando con ansiedad su primera palabra , palabra , como si de ella dependiese la vida de todo el mundo.

—Ahora veo al verdugo , prosiguió , que introduce cuatro estacas entre las cuerdas , y los capuchinos han hendecido despues los clavos y martillos... Ay Dios , hermana! ;Qué enfadados parece que estan contra él porque no habla...! Mamá , mamá , dame la mano que quiero bajar.

Pero el chico se encontró al volverse , en vez de su madre con una porcion de caras de hombres que le miraban con triste ahinco y le hacian señas de que continuase. No se atrevió pues á bajar , y se volvió á asomar temblando á la ventana.

—Oh! ahora veo al padre Lactancio y al padre Barré que introducen por su mano otras estacas que le estrujan las piernas. Ay! qué pálido está! Parece que está haciendo oracion... pero miradle como echa atras la cabeza cual si fuera á morir. Ay! quitadme de aqui...!

Y cayó en los brazos del joven abogado, del conde Du Lude y de Cinq-Mars que se habían acercado á sostenerle.

Deus stetit in synagoga Decorum: in medio autem Deus dijudicat... Cantaron varias voces gruesas y gangosas que salian de aquella ventanilla: así continuaron largo rato un canto llano de Salmos, interrumpido por algunos martillazos; tarea infernal que llevaba el compas de los cánticos sagrados. Parecia que estaba allí cerca la fragua de algun herrero, pero los golpes eran sordos y daban bien á conocer que el yunque era el cuerpo de un hombre.

—Silencio! dijo Fournier, que habla; los cánticos y martillazos cesan ya.

Una voz apagada dijo en efecto pausadamente: Padres míos! mitigad por Dios el rigor de los tormentos, porque reduciréis mi alma á la desesperacion y me propararé á daros tal vez la muerte.

Aquí estalló y retumbó hasta las bóvedas la esplosion de los gritos del pueblo; rabiosos los hombres se arrojan sobre el estrado y se apoderan de él á viva fuerza rechazando

do á los vacilantes y sorprendidos archeros; la multitud desarmada los empuja , los arroja , y apretándolos contra las paredes logra sujetar sus brazos y mantenerlos inmóviles; la demas gente se precipita á torbellinos sobre las puertas que conducen al cuarto del tormento , y haciéndolas rechinar con su peso amenazan echarlas por tierra , y resuenan mil juramentos pronunciados por voces aterradoras que van á introducir dentro el espanto entre los jueces.

—Se han salido y le llevan con ellos, gritó un hombre.

Todos se detuvieron repentinamente; y cambiando la gente de direccion , huyó de aquel lugar abonimable , y se esparció rápidamente por las calles. Reinaba la confusion mas completa.

La noche habia sobrevenido al cabo de una sesion tan larga , y estaba lloviendo á mares. Era espantosa la oscuridad; los gritos de las mugeres que se escurrian sobre el empedrado ó que corrian de los caballos de los guardias, las voces sordas y simultáneas de los hombres reunidos y furiosos, el continuo tañido

de las campanas que anunciaban el suplicio con los repetidos golpes de la agonía, el eco lejano del trueno, todo contribuía á hacer mayor el desorden; si los oídos estaban asombrados con tanto estrépito, no lo estaban menos los ojos: al resplandor de algunas sinistras teas encendidas en las esquinas de las calles y que arrojaban una luz fantástica, veíanse pasar gentes armadas á caballo que corrían al galope á reunirse en la plaza de S. Pedro, aplastando á la muchedumbre; tirábanles algunas tejas al paso, pero no pudiendo alcanzar al jinete ya distante iban á caer sobre el inocente que se hallaba mas cerca. La confusión era grandísima, y fue mucho mayor todavía cuando, desembocando el pueblo por todas las calles en la dicha plaza llamada de San Pedro del Mercado, la encontró parapetada por todas partes y llena de archeros y guardias de á caballo. Todas las salidas estaban cerradas con carretas atravesadas entre los esquinazos de las calles, y cerca de ellas había puestos varios centinelas armados de arcabuces. En mitad de la plaza estaba preparada una hoguera compuesta de

gruesos maderos colocados unos encima de otros de manera que formaban un cuadro perfecto; cubrialos otra leña mas blanca y menuda, y en el centro de este cadalso se elevaba una altísima viga que servia de poste. Cerca de esta especie de mástil que se alcanzaba á ver de lejos habia de pie un hombre vestido de encarnado teniendo una tea inclinada hácia el suelo; y á sus pies yacia un gran escalador cubierto con un lienzo á causa de la lluvia

A la vista de este espectáculo el terror hizo guardar un silencio profundo durante un momento, y no se oyó mas que el ruido de la lluvia que caia á torrentes, y el estampido del trueno que por instantes se acercaba.

Entretanto Cing-Mars acompañado de los señores Du Lude, Fournier y todas las personas de mas respeto se habia ido á guarecer bajo el peristilo de la iglesia de Santa Cruz, á donde se subia por veinte escalones de piedra; la hoguera se hallaba enfrente, y desde aquella altura se podia ver la plaza en toda su estension: estaba enteramente vacia y no atravesaban por ella mas que los arroyos

producidos por la lluvia; pero todas las ventanas de las casas fueron iluminándose poco á poco, y distinguíanse al traves de ellas como otros tantos puntos negros las cabezas de los hombres y mugeres que se agolpaban á los balcones. El joven Henrique contemplaba con tristeza aquel siniestro aparato: criado con principios de honor, y muy ageno de todos los pensamientos ruines que el odio y la ambicion pueden engendrar en el corazón del hombre, no comprendia que pudieran cometerse tantas crueldades sin algun motivo poderoso y secreto; la audacia de aquella sentencia le parecia tan increíble que su propia crueldad empezaba á excusarla á sus ojos; esparcióse por su alma el mismo terror que imponia silencio al pueblo, y casi se olvidó del interés que le habia inspirado el infeliz Urbano para reflexionar si seria posible que alguna secreta inteligencia con el infierno hubiese dado lugar á tales rigores: ibase asi debilitando en su memoria la impresion que le habian causado las revelaciones públicas de las religiosas y lo que le habia dicho su respetable ayo. ¡Tal es

el predominio del triunfo aun á los ojos de las personas esclarecidas ! ; Tanto impone al hombre el aparato de la fuerza á pesar de la voz de su conciencia ! El jóven viagere pensaba ya que seria probable que el tormento hubiese arrancado al reo alguna confesion monstruosa , cuando cesó repentinamente la oscuridad en que yacia la iglesia ; abriéronse sus dos grandes puertas , y al resplandor de un número infinito de hachones se aparecieron todos los jueces y eclesiásticos rodeados de guardias ; marchaba en medio de ellos Urbano sostenido , ó mas bien conducido por seis hombres vestidos de penitentes negros , porque sus piernas juntas y bendadas con ensangrentados paños parecian quebradas é incapaces de sostenerle. Poco mas de dos horas haria que no le veia Cinq-Mars , y sin embargo costóle trabajo reconocer el rostro que habia visto en la audiencia ; habia perdido enteramente todo su color y frescura , y una palidez mortal cubria su tez ya amarilla y lustrosa como el marfil ; parecia habersele salido toda la sangre de las venas ; no le quedaba vida sino en sus ojos negros

que parecían haberse vuelto dos veces mayores y los paseaba inciertamente en derredor de él; sus cabellos oscuros llevábalos tendidos sobre el cuello y encima de una camisa blanca que le cubría de pies á cabeza: esta especie de túnica con anchas mangas tenía un vivo amarillento, y despedía de sí un olor á azufre. Caíale sobre el cuello una larga y gruesa sogá que llevaba al pecho; y en esta disposición parecía enteramente un fantasma, pero fantasma de un martir.

Urbano se detuvo, ó mas bien fue detenido bajo el peristilo de la iglesia; entonces el capuchino Lactancio le puso y sostuvo en la derecha mano una tea encendida, y le dijo con su inflexible dureza: Haz una retractación de tus pecados y pide perdón á Dios, al rey y á la justicia por tu crimen de magia.

El infeliz levantó la voz con trabajo y dijo mirando al cielo:

—En nombre de Dios vivo, te emplazo para dentro de tres años, Laubardemont; á tí, juez prevaricador! Me han quitado mi confesor y he tenido que verter mis culpas en el se-

no del Señor, porque estoy rodeado de mis enemigos. Pongo por testigo á ese Dios de misericordia que nunca he sido mágico; yo no he conocido mas misterios que los de nuestra santa iglesia católica, apostólica, romana, en la que maero; he pecado mucho contra mí, pero nunca contra Dios, ni nuestro señor...

— No acabes, exclamó el capuchino fingiendo taparle la boca antes de que pronunciara el nombre del Salvador; pecador empedernido, vuélvete con el diablo que te envió acá.

Hizo una seña despues á cuatro sacerdotes que acercándose con hisopos en la mano, exorcizaron el aire que respiraba el mágico, la tierra que pisaba y hasta la leña que habia de abrasarle. Durante esta ceremonia, el teniente del crimen leyó apresuradamente la sentencia que se conserva todavía con las demas piezas de esta causa y tiene la fecha del 18 de agosto de 1639, *declarando á Urbano Grandier, culpable y convicto en debida forma del crimen de magia, maleficio y endiablamiento contra las perso-*

nas de algunas religiosas ursulinas de Loudun y otras, como tambien seglares, &c.

Deslumbrado el que leia por un relámpago se detuvo un momento, y volviéndose hácia M. de Laubardemont le preguntó si en atencion al tiempo que hacia podria suspenderse el suplicio hasta el dia siguiente, y aquel respondió :

— La sentencia previene que se lleve á efecto dentro de las veinticuatro horas; no temais á ese pueblo incrédulo, que ahora mismo va á quedar convencido.

Todas las personas de consideracion y un gran número de forasteros que se hallaban bajo el peristilo sea adelantaron al oir esto, y Cinq-Mars hizo lo propio.

— El mágico no ha podido pronunciar nunca el nombre del Salvador, y repele siempre su imagen.

Lactancio salió entonces de entre los penitentes trayendo en la mano un gran crucifijo de hierro que parecia sostener con mucha precaucion y respeto; habiéndole acercado á los labios del penitente, se echó este efectivamente atrás, y reuniendo todas sus fuer-

zas hizo un movimiento con el brazo y derribó el Cristo de las manos del capuchino.

—Ya lo veis, exclamó este último, ha arrojado al suelo el crucifijo.

Levantóse un murmullo incierto todavía, y los curas exclamaron: ¡Profanación!

Adelantaronse en seguida hácia la hoguera.

Empero, Cinq-Mars habia desliziéndose detras de uno de los pilares y observado todo muy atentamente; vió pues con sorpresa que al caer el Cristo sobre los escalones, mas espuestos á la lluvia que la plataforma, empezó á humear produciendo un ruido semejante al que hace el plomo derretido arrojado al agua. En tanto que la atención pública estaba distraída en otra parte, se acercó y puso sobre él una mano que sintió abrasársele inmediatamente. Poseído de indignación y con toda la cólera de un pecho leal coje entonces el crucifijo con los pliegues de la capa, se adelanta hácia Laubardemont, y pegándole con él en la frente exclama:

—Malvado, lleva impresa la marca de este hierro hecho ascua.

La muchedumbre oye esta espresion y se precipita colérica.

—Prended á ese loco, dijo en vano el indigno magistrado.

Él propio se vió agarrado por una porcion de hombres que gritaban: Justicia, justicia, en nombre del rey!

—Estamos perdidos, dijo Lactancio; ¡á la hoguera, á la hoguera!

Los penitentes arrastran á Urbano hácia la plaza mientras los jueces y archeros vuelven á entrar en la iglesia y luchan con los furiosos paisanos; el verdugo no tiene tiempo de atar á la víctima y se dá prisa á tenderla sobre la leña y prenderle fuego. Pero la lluvia caia á torrentes, y apenas estaba encendido un madero se volvia á apagar despidiendo muchísimo humo. En vano el mismo Lactancio atizaba la lumbre con los demas canónigos, pues no era posible vencer el agua que del cielo caía.

El tumulto que empezó en el peristilo de la iglesia habíase estendido entretanto por todos los alrededores de la plaza. El grito de ¡justicia! era repetido y corria de boca en

boca con la relacion de lo que se habia descubierto: ya habian sido forzadas dos barricadas, y á pesar de haberles disparado tres tiros á los alborotadores, los archeros se veian rechazados poco á poco hácia el centro de la plaza. En vano procuraban hacer retroceder con sus caballos á la multitud, pues esta les iba acosando cada vez con su número siempre creciente. Media hora duró esta lucha en lo que la guardia iba siempre retrocediendo hácia la hoguera que ocultaba á medida que se iba estrechando.

--Avancemos, avancemos, decia un hombre, y le libramos; no hirais á los soldados, sino haced que retrocedan: mirad como Dios no quiere que muera. La hoguera se va apagando; hagamos otro esfuerzo, amigos.--Bien.--Echad por tierra ese caballo.--Empujad, adelante.

La guardia estaba rota y atropellada en todas partes: el pueblo se lanza dando alaridos sobre la hoguera, pero no se veia ya llama alguna y todos, incluso el verdugo, habian desaparecido; se arrancan y esparcen todas las tablas, una de ellas ardia todavia, y

su resplandor sirvió para encontrar debajo de un monton de ceniza y sangriento lodo una mano ennegrecida que habian preservado del fuego una gran esposa de hierro y una cadena. Hubo una muger que tuvo la resolucion de abrirla, y los dedos tenian empuñada una crucecita de marfil y una imagen de la Magdalena.

--Estos son sus despojos, dijo la muger llorando.

--Decid las reliquias del mártir, respondió un hombre.



CAPITULO VI.

El Sueño.

Estamos en primavera y nuestros bosques se hallan desiertos: aquella no ha despertado todavía á las aves dormidas bajo las ramas privándonos así de su dulce música... Parece que el invierno no quiere abandonar los cielos.

JULIO LEFEVRE, *Maria.*

En la mitad de la refriega que habia promovido su cólera, Cinq-Mars sintió agarrarse del brazo izquierdo por una mane tan dura como el hierro que, sacándole de entre la gente hasta bajar los escalones, le llevó por detras de la pared de la iglesia; entonces vió

delante de sí la cara negra del viejo Grandchampa que le dijo con aspereza : Atacar, señor, á treinta mosqueteros en el bosque de Chaumont, no importaba nada, porque estábamos cerca de vos sin que lo echaseis de ver, y además teniais que habéros las con gente de honor; pero aquí es muy diferente. Mirad allí á vuestros caballos y á vuestros criados al extremo de la calle; os suplico monteis á caballo y salgais de la ciudad, ó si no mandadme otra vez con la señora mariscal, porque soy responsable de vuestros brazos y piernas, y vos las espondeis muy gallardamente.

Cinq-Mars, aunque algo sorprendido con aquel modo bronco de ser servido, no llevó á mal el haber salido así del atolladero, luego que reflexionó detenidamente sobre la desazon que habria tenido si hubiera llegado á ser conocido despues de haber aporreado al gafe de la autoridad judicial y al agente del mismo cardenal que iba á presentarle al rey. Echó de ver tambien que en derredor suyo se habia juntado una gran turba de gentes de la hez del pueblo entre las cuales se aver-

gonzaba de estar. Signió, pues, sin replicar á su antiguo criado y encontró efectivamente á los otros tres que le estaban esperando. A pesar de la lluvia y del viento montó á caballo, y á poco se encontró con su escolta en el camino real, saliendo del pueblo á galope para que nadie pudiera seguirlos.

Apenas hubo salido de Loudun, tuvo que acortar el paso á causa de la arena del camino surcado por profundas rodadas llenas enteramente de agua. Continuaba lloviendo á mares, y su capa estaba ya casi calada, cuando sintió que le echaban otra mas gruesa por encima de las espaldas: debia tambien esta atencion á su anciano ayuda de cámara quien iba cerca de él cuidándole como hijo.

—Vaya, Grandchamp, ahora que heinos salido de aquella barahunda, cuéntame como te encontrabas alli siendo asi que yo te habia mandado te quedases en casa del abate.

—Pardiez, señor, respondió con tono regañon el antiguo criado, ¿ creis que os obedezca á vos mas que al señor mariscal? Cuando mi difunto amo me decia que me quedára en la tienda y luego me veia detrás de él en

medio del fuego, entonces no se quejaba porque tenia un caballo de repuesto cuando le mataban el suyo, y no me regañaba hasta despues de acabada la accion. Verdad es que en los cuarenta años que le serví no le ví nunca hacer nada igual á lo que vos habeis hecho de cinco dias á esta parte que estoy en vuestra compañía. ¡Ay! añadió suspirando, medrados estamos, y si esto continúa, he de ver maravillas segun parece.

—Pero sabes, Grandchamp, que aquellos tunantes habian hecho ascua el Cristo, y que no hay hombre honrado que no hubiese como yo montado en cólera?

—Esepto el señor mariscal, vuestro padre, que no habria hecho lo que vos, señor.

—¿Y qué es lo que hubiera hecho?

—Habria dejado que aquellos curas quemasen al otro muy sosegadamente y me hubiase dicho: Grandchamp, cuida de que mis caballos tengan avena y de que no se la quiten; ó si no, Grandchamp, cuida de que mi espada no se enmohezca con la lluvia dentro de la vaina, ni de que se moje el cebo de mis pistolas; porque el señor mariscal se ocupaba

de todo esto y no se entremetia nunca en lo que no le importaba; este era su gran principio, y como á Dios gracias era tan buen soldado como prudente general, tenia siempre tanto cuidado de sus armas como el lansquenete llegado mas recientemente, y no habria ido á atacar solo á treinta valientes con una espadilla de baile.

Cinq-Mars penetraba muy bien los malignos epigramas del buen hombre, y recelaba si le habria seguido mas lejos que al bosque de Chaumont; pero no queria saberlo por temor de tener que dar esplicaciones, echar una mentira ó encargar el secreto, lo cual habria sido una declaracion de su parte y hacerle confidente suyo. Tomó, pues, el partido de espolear á su caballo y adelantarse al viejo criado; pero este todavia no habia concluido, y de la derecha se pasó á la izquierda de su amo y prosiguió la conversacion.

—¿Creis por ventura, señor, que yo he de permitir dejaros ir donde querais sin acompañaros? Nada menos que eso; tengo sobrado arraigado en el alma el respeto que debo á la señora marquesa para ponerme en el caso de

que me diga: Grandchamp, mi hijo ha muerto de un balazo ó de una estocada. ¿Por qué no te pusiste delante? ó bien, un italiano le ha dado una puñalada porque iba por las noches á rondar las ventanas de una gran princesa. ¿Por qué no has cojido al asesino? Esto sería muy sensible para mí, y nunca han tenido que echarme nada en cara sobre este punto. El señor mariscal me prestó una vez al señor conde, su sobrino, para que hiciese una campaña en los Países-Bajos, á causa de saber yo el español: pues sabed que desempeñé mi encargo con honor, como lo acostumbro siempre. Cuando el señor conde recibió el balazo en el empeine, me volví yo solo con sus caballos, mulos, tienda de campaña y todo su equipaje sin que faltase una hilacha, y os puedo jurar, señor, que los caballos estaban tan limpios y enjaezados al entrar de vuelta en Chaumont como si el señor conde estuviera preparándose para salir á caza: así que no recibí mas que cumplimientos y felicitaciones de toda la familia, que es lo que me gusta á mí.

—Está muy bien, amigo mio, dijo Enrique

de Effiat; puede que algun dia vuelvas tambien con mis caballos, pero entretanto toma este bolsón de oro que he estado para perder dos ó tres veces, y pagarás en todas partes por mí; ; me causa esto tal repugnancia!...

—El señor mariscal no hacia eso, señor Enrique. Como habia sido superintendente de hacienda, contaba él mismo su dinero, y creo que vuestras tierras no estarian en estado tan floreciente y que ahora no tendriais tampoco tanto dinero que contar si se hubiese conducido de otra manera; hacedme, pues, el favor de guardar esa bolsa que probablemente no sabreis lo que contiene.

— A fé mia que no!

Grandchamp prorumpió en un profundo suspiro al oír esta desdeñosa exclamacion de su amo! — Ay señor marqués! ; señor marqués. Cuando pienso que el gran rey Enrique se metió delante de mí en el bolsillo sus guantes de gamuza porque se los estaba echando á perder la lluvia; cuando pienso que M. de Rosny le negaba dinero cuando habia gastado mas de lo que era menester; cuando pienso ..

— Cuando piensas, te pones muy fastidio-

so, amigo mio, dijo interrumpiéndole su amo, y mejor harias en decirme qué cosa es aquella figura negra que parece andar por el lodo detrás de nosotros.

--Entiendo que será alguna pobre aldeana que quiere pedir limosna; puede seguirnos muy facilmente, porque con esta arena en que los caballos se atascan hasta los corvejones no caminamos muy aprisa. Algun dia iremos tal vez á las Landas, y entonces vereis una comarca entera como este camino, llena de arenas y de grandes abetos negros; á derecha é izquierda del camino parece que todo es un cementerio continuo y aqui teneis una pequeña muestra. Mirad, ahora que ha dejado de llover y que se empieza á ver un poco, tendad la vista por todas esas malezas y esta gran llanura en que no se distingue casa ni pueblo alguno; verdaderamente no sé donde pasaremos la noche, pero si el señor Enrique quisiera creerme, cortaríamos ramas de árboles y acamparíamos aqui mismo; ya vereis como sé yo hacer una barraca con un poco de tierra, dentro de la cual se está tan caliente como en la mejor cama.

--Quiero mejor continuar hasta aquella luz que vislumbro en el horizonte, dijo Cinq-Mars, porque me siento á mi ver con un poco de calentura y tengo muchísima sed. Pero vete detrás que quiero caminar solo; incorpórate con los otros y sígueme.

Grandchamp obedeció y se consoló dando lecciones á German, Luis y Esteban sobre el modo de reconocer el terreno durante la noche.

Sin embargo, su jóven amo estaba rendido de fatiga. Las violentas sensaciones del pasado dia habian conmovido profundamente su alma, y aquel largo viaje á caballo, aquellos dos dias transcurridos sin tomar casi alimento, el calor del sol, el frio glacial de la noche, todo contribuia á aumentar su desazon y á moler su delicado cuerpo. Durante tres horas marchó en silencio delante de sus criados sin que pareciese se acercaba la luz que habia visto en el horizonte: cansóse al fin de seguirla con la vista, y sintiéndose con la cabeza pesada la reclinó sobre el pecho; soltó, pues, las riendas á su cansado caballo que siguió por sí mismo el camino real, y

cruzándose los brazos se dejó mecer por el movimiento monotonó de su compañero de viaje que tropezaba á menudo en los gruesos guijarros sembrados por el camino. La lluvia habia cesado ya, así como las voces de los criados que marchaban en hilera detrás de su amo. Nuestro jóven se abandonó libremente á la amargura de sus pensamientos; preguntóse si no huiria siempre de él en lo sucesivo el término de sus brillantes esperanzas, como aquella luz fosfórica huia á cada paso en el horizonte. ¿Era probable que aquella jóven princesa, llamada casi por la fuerza á la galante corte de Ana de Austria, rehusara siempre las manos tal vez de reyes que le ofrecieran? ¿Qué apariencia habia de que se resignara á renunciar al trono por aguardar á que un capricho de la fortuna llegase á realizar esperanzas novelescas y encumbrar tanto á un adolescente, que no tenia casi mas que uno de los últimos grados del ejército, antes de que pasara la edad del amor? ¿Quién le respondia de que hubiesen sido muy sinceros los mismos votos formados por María de Gonzaga?— Ay de de mí! de-

cia, puede que se haya engañado á sí misma sobre sus propios sentimientos; la soledad del campo habia preparado su alma á recibir profundas impresiones; me presenté yo y creyó que era aquel en que habia soñado: nuestra edad y mi amor han hecho lo demas. Pero cuando aprenda mejor en la corte con la intimidad de la reina á contemplar de tan arriba las grandezas á que aspira y que yo, veo todavia desde tan abajo; cuando se vea de repente señora absoluta de su suerte y mirada con ojeada mas segura el camino que me queda que andar; cuando oiga pronunciar en derredor suyo juramentos semejantes á los míos por bocas que solo tendrán que decir una palabra para perder y destruir á aquel á quien espera por marido y señor, ay! qué ciego he estado hasta ahora! verá cuanta ha sido su locura, y se ofenderá de la mia.

Asi empezaba á destrozarse su dolorido corazón la mayor pena del amor, la duda; sentia subírsele á la cabeza su enardecida sangre y pesarle extraordinariamente en ella; muchas veces se caia sobre el cuello de su caballo rendido, y cerraba á medias los ojos

como para dormir : los objetos negros que poblaban, el camino le parecían otros tantos cadáveres gigantescos que iban pasando á su lado; vió ó creyó ver á la misma muger vestida de negro, que habia enseñado á Grandchamp, acercarse á él hasta tocar las crines de su caballo, tirarle de la capa y echar á correr riéndose con aire siniestro; la arena del camino le parecia un rio que corria á sus pies retrocediendo hácia su nacimiento; este cuadro estrambótico ofuscó sus desfallecidos ojos, los cerró y se quedó dormido enteramente en su caballo.

A poco se sintió despierto, pues el frío habia entorpecido sus miembros. entrevió varios aldeanos, unos hachones encendidos, una casucha, un cuarto espacioso, adonde le trasladaba Grandchamp, una gran cama cuyas cortinas cerraba este último, y tornóse á dormir atontado con la calentura que le zumbaba á los oídos.

Mil sueños mas rápidos que los granos de arena impelidos por el viento se agolpaban en su cabeza moviéndose en confuso torbellino; no podia conseguir atajarlos e y así no

hacia mas que revolverse bajo las mantas. Urbano Grandier martirizado, su madre llorando amargamente, Bassompierre cargado de cadenas pasaban á su lado despidiéndose de él por señas; púsose durmiendo la mano sobre la frente, y entonces se le fijó un sueño que parecia desplegarse á su vista como un pais de arena movediza.

Soñó que veia una plaza pública llena de un pueblo estrangero, un pueblo del norte que daba voces de alegría, pero que tenia cierto no sé que de bravio, y una hilera de guardias y soldados feroces que parecian franceses.

—Ven conmigo, dijo con dulzura María de Gonzaga tomándole la mano. Ves? tengo una diadema; aquí está tu trono: ven conmigo. Y ella le llevó tras sí, y el pueblo seguia siempre gritando.

Anduvo durante largo rato.

—¡Pero por qué estais tan triste siendo reina? decia él temblando.—Pero ella estaba pálida y se sonrió sin hablar. Subió apresuradamente los escalones de un trono y se sentó: Sube, decia ella tirándole fuertemente del brazo.

Pero bajo sus pies se hundian siempre una porcion de pesadas maderas, y no podia subir.

—Dá gracias al amor, repuso ella.

Y mas vigorosa entonces su mano le levantó hasta arriba. El pueblo volvió á gritar.

Inclinábase para besar aquella mano benéfica y adorada, pero... era la del verdugo!

—O cielos! exclamó Cinq-Mars arrojando un profundo suspiro y abriendo los ojos; una trémula luz alumbraba la habitacion arruinada del meson, y volvió á cerrar sus párpados inmediatamente porque vió sentada sobre su cama una muger, una religiosa, tan jóven! tan hermosa! que creyó estar soñando todavia, pero ella apretaba estrechamente su mano. Tornó á abrir sus ardientes ojos, y los fijó en aquella muger.

—¿Sois vos, Juana de Belfiel? Vuestro velo y vuestros cabellos negros estan mojados con la lluvia. ¿Qué haceis aqui, infeliz rauger?

—Cállate y no despiertes á mi Urbano que está en el cuarto inmediato durmiendo conmigo. Si, tengo mojada la cabeza, y mis

pies míralos como están. ¡Eran en otro tiempo tan blancos! Míralos que sucios los ha puesto el lodo! Pero he hecho un voto, y es no lavarlos sino en el cuarto del rei luego que me haya otorgado el perdon de Urbano. Voy á buscarle al ejército; le hablaré como Grandier me ha enseñado á hablar y le perdonará; mas escucha, tambien le pediré el tuyo, porque he leído en tu cara que tambien estás sentenciado á muerte. Pobre niño! todavia eres muy jóven para morir y tienes un pelo rizado hermosísimo, pero á pesar de esto estas sentenciado á muerte, pues lo repito, tienes en la frente una línea que nunca engaña. El hombre á quien pegaste te matará. Tú has hecho sobrado uso de la cruz y esto es lo que causará tu desgracia; has herido con ella y la lleva al cuello con un poco de pelo.... No te tapes la cabeza con las mantas. ¿Te he dicho alguna cosa que deba causarte pesadumbre? O será que vos amais tambien, jóven? Ay! tranquilizaos que no diré nada de esto á vuestra amiga; yo estoy loca, pero soy buena, muy buena, y aun no hace tres dias que estaba muy hermosa. ¡Es

hermosa ella tambien? Oh! Cuánto llorará aquel dia! Ay! si puede llorar no es poca su fortuna.

Y Juana se puso de repente á recitar el oficio de los muertos con una voz monotoná y una volabilidad increíble, sentada siempre sobre la cama y pasando por sus dedos las cuentas de un largo rosario.

Abrese de golpe la puerta, mira ella á ver quien es y se escapa por un boqueron abierto en un tabique.

—Qué demonios es esto? ¿Es algun ángel ó duende el que reza así sobre vos la misa de difuntos? Y heos ahí cubierto con las mantas como si estuvierais con la mortaja.

Era la gruesa voz de Grandchamp, el cual se quedó tan pasmado que dejó caer un vaso de limonada que traia en las manos. Mayor fue su susto todavia al ver que su amo no le respondia, y levantó las mantas; estaba muy encarnado y parecia dormir, pero el anciano criado creyó que la sangre agolpada á la cabeza habia estado á pique de ahogarle, y cogiendo un vaso de agua fria, se le vertió entero sobre la frente. Raras veces deja de

surtir efecto este remedio militar, y Cinq-Mars volvió inmediatamente en sí.

—Ola! eres tú, Grandchamp! Qué sueño, mas horroroso acabo de tener!

—A otro con esas, señor! Vuestros sueños tienen al contrario muy buena cara, y aun yo he visto la cola del último: teneis muchísimo gusto.

—¿Qué estás ahí diciendo, viejo loco?

—Yo no estoy loco, señor, que tengo muy buenos ojos con lo que he visto lo que yo me sé. Pero seguramente, estando enfermo como vos lo estais, el señor mariscal no hubiera...

—Vaya, tú chocheas amigo mio; dame de beber porque me abraço da sed. Oh cielos! Qué noche! Todavía estoy viendo á todas esas mugeres....

—A todas esas mugeres, señor? Pues cuántas habia?

—Estaba hablándote de un sueño, majadero! ¿Cuánto tiempo te estarás ahí parado sin darme de beber?...

—Basta, señor, que voy á pedir otra limonada.

Y asomándose á la puerta, gritó desde lo

alto de la escalera: Ola! German! Esteban! Luis

El posadero respondió desde abajo: allá van, señor, allá van! Acaban ahora mismo de ayudarme á correr tras de la loca.

— Qué loca? preguntó Cinq Mars incorporándose en la cama.

Entró á esto el posadero, y quitándose el gorro con respeto, dijo:

— No es nada, señor marqués: era una loca que llegó aquí esta noche á pie, y la habíamos hecho acostar cerca de este cuarto; pero acaba de escaparse y no ha sido posible cogerla.

— Qué me decís? dijo Cinq-Mars como volviendo en sí y pasándose la mano por la frente. ¿Con qué no he estado soñando?

Y mi madre ¿adónde está? Y el mariscal, y... ¡O que sueño tan horroroso! Salid todos.

Y al mismo tiempo se volvió del lado de la pared y tornóse á tapar la cabeza con las mantas.

Quedóse estático el posadero y se señaló la frente por tres veces consecutivas con la punta del dedo mirando á Grandchamp, como

preguntándole si su amo solía también des-
variar.

Este último le hizo seña de que saliese ca-
llado, y para velar el resto de la noche
cerca de Cinq-Mars profundamente dormido,
se sentó solo en un gran sitial esprimiendo
limones en un vaso de agua con un continen-
te tan grave y circunspecto como pudiera te-
ner Arquimedes calculando las llamas de su
espejo.



CAPITULO VII.

El Gabinete.

Los hombres tienen rara vez la resolución de ser buenos ó malos del todo.

MAQUIAVELO.

Dejemos dormido á nuestro jóven viajero que pronto seguirá descansadamente un hermoso y ancho camino real. Y pues tenemos la libertad de pasear nuestra vista por todos los puntos del mapa, fijémosla en la ciudad de Narbona.

Contemplemos primeramente al Mediterraneo que estiende no lejos de allí sus azuladas olas sobre playas arenosas. Introduzcá-

monos luego en aquella ciudad parecida á Atenas, pero para encontrar á aquel que la tiene bajo su dominio, sigamos aquella calle oscura y desigual, subamos la escalera del antiguo arzobispado y entremos en la primera y en la mayor de las salas.

Era esta muy larga, pero dábanle luz una serie de altas ventanas arqueadas cuya parte superior era la única que habia conservado sus vidrios azules, encarnados y amarillos que esparcian una claridad misteriosa por la habitacion. Ocupábala en toda su longitud una gran mesa redonda colocada hacia la parte de la gran chimenea de la misma; y en derredor de esta mesa, cubierta con un tapete pintado y llena de papelos y cartas, estaban sentados, é inclinados sobre sus plumas ocho secretarios que se entretenian en copiar las cartas que les pasaban de otra mas pequeña. Varios hombres arreglaban de pie los papeles en los estantes de una biblioteca, que no alcanzaban á llenar enteramente muchos libros encuadernados en negro, y pisaban con precaucion la alfombra de que estaba entapizado el suelo de la sala.

A pesar de haber tantas personas reunidas reinaba tal silencio que se habria oido el movimiento de las alas de una mosca. No se escuchaba mas ruido que el de las plumas que corrian rápidamente sobre el papel, y el de una voz delgada que dictaba interrumpiéndose á cada paso para toser. Salia de un gran sillón de brazos arrimado á la lumbre, pues la chimenea estaba encendida á pesar de lo caluroso del clima de la estacion. Era este uno de aquellos sillones que se ven todavia en algunos antiguos castillos y que parecen inventados con la idea de dormirse sobre ellos leyendo un libro cualquiera, pues causa admiracion la comodidad con que estan costruidos para este objeto: un reclinatorio de plumas sostiene holgadamente los riñones; si se quiere bajar la cabeza, encuentran las mejillas sus almohadones de seda en que poder descansar, y el cojin del asiento sobresale tanto por encima de los codos, que hay motivos para creer que los previsores tapiceros de nuestros padres querian hasta evitar que el libro hiciera ruido y los despertase al caer.

Pero dejemos esta digresion para hablar

del hombre que estaba sentado en el sillón y que por entonces no dormía. Tenía la frente ancha y algunas canas en la cabeza, ojos grandes y benignos, un rostro pálido y enjuto al que una barbilla puntiaguda y canosa daba aquella expresión de sutileza que se echa de ver en todos los retratos del siglo de Luis XIII. Una boca casi sin labios, y debemos confesar que el doctor Lavater mira esta circunstancia como señal infalible de la maldad de la persona; una boca raída, decíamos, servía de remate á dos bigotillos cauos y á una *real*, adorno que se estilaba entonces mucho y que tiene mucha semejanza con una coma. Aquel anciano tenía puesto en la cabeza un solideo encarnado, estaba envuelto en una gran bata, llevaba medias encarnadas de seda, y era nada menos que Armando Duplessis, cardenal de Richelieu.

Cerca de él y al rededor de la mesa mas pequeña de que hemos hablado había cuatro moços de quince á veinte años, que servían al cardenal de pages ó domésticos, segun se decia entonces, expresión que equivalía á la de familiar, amigo de la casa. Esta

costumbre era un resto del patronato feudal que se ha conservado entre nosotros. Los hijos segundos nobles de las mas ilustres familias recibian *salario* de los grandes señores y les estaban apegados en todas ocasiones, hasta el punto de provocar á desafio al primero que se presentase, á la menor indicacion de su protector. Los pages de que hablamos redactaban cartas cuya sustancia les habia dicho el cardenal, y despues de una ojeada de su amo les pasaban á los secretarios que las ponian en limpio. El anciano duque escribia por su parte notas secretas sobre unos papelillos que introducía con maña en casi todos los paquetes antes de cerrarlos por su propia mano.

Hacia algunos momentos que estaba escribiendo, cuando en un espejo que tenia enfrente vió al mas jóven de sus pages escribiendo algunas líneas interrumpidas sobre un papelito de un tamaño muy inferior al del papel ministerial; trazaba apresuradamente algunas palabras, y luego le escondia al momento debajo del pliego que tenia en-

cargo de llenar con mucho pesar suyo. Colocado detrás del cardenal, esperaba que el trabajo que le costaba á éste volverse le impediría echar de ver aquel tegemanage á que parecía entregarse con bastante frecuencia; pero dirigiéndole la palabra de repente Richelieu, le dijo con sequedad: venid acá, señor Oliverio.

Estas dos palabras fueron un rayo para el pobre mozo que parecía no tener arriba de diez y seis años. Levantóse, empero, con mucha prontitud y fue á ponerse delante del ministro con los brazos colgando y la cabeza baja.

Los demas pages y secretarios no hicieron el mas leve movimiento cual si fueran soldados que ven caer herido de un balazo á alguno de sus camaradas; tan acostumbrados estaban ya á oír tales llamamientos. Aquel, sin embargo, parecia hecho en diverso tono de voz que los demas.

—Qué era lo que estábais escribiendo?

—Monseñor... lo que vuestra Eminencia me habia encargado.

—Cuál?

—Monseñor... la carta para D. Juan de Braganza.

—No vengais con subterfugios; otra cosa era lo que escribíais.

—Monseñor, dijo entonces el page saltándosele las lágrimas, era un billete para una prima mia.

—Mostrádmelo.

Ápoderose entonces del page un temblor universal, y se vió obligado á apoyarse en la chimenea diciendo á media voz: no puede ser, monseñor.

—Señor vizconde Oliverio de Entraignes, dijo entonces el ministro sin manifestar alteracion alguna, ya no estais á mi servicio. Y el page salió, porque sabia que no habia que replicar; deslizó, pues, su billete en el bolsillo, y abriendo la puerta nada mas que el trecho necesario para pasar él, se escurrió como un pájaro que se escapa de la jéala.

El ministro continuó escribiendo notas sobre su rodilla.

Los secretarios seguian guardando cada vez mas silencio y desplegando mayor colo

en el desempeño de sus trabajos, cuando se abrió repentinamente la puerta, y entre las dos hojas de la misma vieron comparecer un capuchino que inclinándose con los brazos cruzados sobre el pecho parecía aguardar de pie una limosna ó la órden de retirarse. Tenia la tez morena y muy picada de viruelas, ojos bastante benignos, pero un tanto vizcos y poblados de cejas que se juntaban en la mitad de la frente, una boca cuya sonrisa era sutil, siniestra y mal intencionada, y una barba lisa y roja hácia la punta; llevaba puesto el rigoroso hábito de san Francisco con sus sandalias y los pies desnudos que parecian indignos de la merced de secarse en una alfombra.

Tal como era, lo cierto es que aquel personaje causó al parecer una gran sensacion en toda la sala, porque sin acabar el periodo, renglon ó palabra empezados se levantaron todos los escribientes y salieron por la puerta en que seguia siempre de pie, saludándole unos al pasar, otros volviendo la cabeza á un lado, y los jóvenes pages tapándose las narices, pero por detrás, porque

parecian tenerle miedo interiormente. Luego que todos hubieron desfilado, entró al fin el fraile en la habitacion haciendo una gran reverencia, porque la puerta estaba todavia entreabierta; pero apenas la vió cerrada, echó á andar sin ceremonia y fue á sentarse cerca del cardenal, que habiéndole conocido en el movimiento que sintió en la sala, le hizo una seca y callada inclinacion de cabeza mirándole fijamente como esperando que le comunicase alguna noticia y sin poder menos de fruncir las cejas cual si viera alguna araña ú otro insecto repugnante.

El cardenal no habia podido vencer aquel movimiento de disgusto, porque la venida de su agente le obligaba siempre á entrar en aquellas conversaciones tiradas y enfadosas de que habia descansado unos cuantos dias en un pais, tan saludable para él por la pureza de sus aires, y cuyo sosiego habia mitigado algun tanto los dolores de su enfermedad. Habíase esta cambiado en una calentura lenta, pero sus intervalos eran harto largos para echar en olvido, cuando le fal-

taba, que debía volverle otra vez. Dejando pues reposar un poco su imaginacion hasta alli infatigable, aguardaba sin impaciencia (quizás por la primera vez de su vida) la vuelta de los correos que habia despachado en todas direcciones, como rayos del sol que animaba y ponía en movimiento á la Francia. Pero no esperaba entonces aquella visita, y la presencia de uno de los hombres que asociaba al crimen, (son sus mismas palabras), le recordó todos los temores habituales de su vida que tenia mas presentes, sin disipar enteramente la nube de melancolía que acababa de empañar sus ideas.

El principio de la conversacion se resintió del color sombrío de sus últimas reflexiones; pero á poco se sintió con mas ánimo y fortaleza que nunca, luego que su gran talento tuvo que entrar en el mundo de la realidad.

Viendo su confidente que él tenía que romper el primero el silencio, lo hizo con bastante aspereza en estos términos:

— Vaya, monseñor ¿en qué estais pensando?

— Ay José! ¿En qué cosa debemos pensar

todos, mientras vivimos, sino en la dicha que nos aguarda en otra vida mejor? Hace muchos días que estoy reflexionando que los intereses terrenos me han hecho olvidar sobradamente este pensamiento fundamental, y me arrepiento de haber invertido algunos momentos ociosos en componer obras profanas, como mis tragedias de *Europa* y *Miramo*, á pesar de la gloria que me han granjeado entre nuestros mejores talentos, gloria que vivirá en las futuras edades.

El Padre José que estaba todo embebido en las cosas de que tenía que hablarle, se quedó parado al pronto con esta salida; pero conocia mucho el carácter de su amo para dárselo á entender, y sabiendo perfectamente el modo de hacerle variar de rumbo en sus ideas, tomó parte en ellas sin titubear.

—Sin embargo es muchísimo su mérito, y la Francia sentiria, (dijo con aparente tristeza) que no sigan otras producciones por este estilo a tan inmortales obras.

—Sí, querido José, en vano hombres como Boisrobert, Colletel, Corneille, y sobre todo el célebre Mairet han declarado que

estas tragedias son las mejores de cuantas vieron representar los presentes y pasados tiempos ; te juro que me acuso de ellas como de un pecado mortal , y en mis horas de descanso no pienso ya mas que en mi *Método de las controversias* y en el libro sobre la *Perfeccion del cristiano*. No puedo olvidar que tengo cincuenta y seis años , y una enfermedad que á nadie perdona.

— Esas cuentas las ajustan vuestros enemigos con la misma exactitud que Vuestra Eminencia , dijo el Padre á quien empezaba ya á cansar esta conversacion , y que deseaba cortarla cuanto antes.

Aquí se puso encarnado el rostro del Cardenal.

— Lo sé , lo sé perfectamente , dijo ; conozco toda su perversidad , y estoy preparando á todo , pero ¿ qué es lo que ocurre de nuevo ?

— Hemos convenido , monseñor , en quitar á la señorita Hantafort ; ya la hemos separado , asi como á la señorita La Fayette : todo está muy bien , pero su puesto está vacante y el rey...

—¿Qué?

—El rey tiene ideas que no se le habian ocurrido aun...

—¿De veras? ¿Y qué no se las he sugerido yo? Estamos bien! dijo el ministro con ironía.

—Pero ¿por qué dejais vacante, monseñor, seis dias enteros la plaza de favorito? Esto no es prudente, permitidme que os lo diga.

—Con que tiene ideas, ideas! repetia Richelieu con una especie de terror. ¿Y cuáles son?

—Ha hablado de levantar el destierro á la reina madre, dijo el capuchino en voz baja, de mandarla llamar de Colonia.

—¡A Maria de Médicis! exclamó el Cardenal golpeando con ambas manos en los brazos del sillón. No, per Dios vivo! No volverá á pisar el suelo de Francia, de donde la he echado yo un pie tras otro. La Inglaterra no se ha atrevido por mí ni á darle un asilo como desterrada; la Holanda ha temido hundirse con ella, y yo la habia de abrir las puertas de mi reino? No, no, esta

idea no puede habersele ocurrido á él. ¡Levantar el destierro á mi enemiga, á su madre! ¡Qué perfidia! no, él no se habria nunca atrevido á pensar en esto...

Y despues de haber reflexionado un momento, añadió fijando una mirada penetrante y llena todavia del fuego de su cólera sobre el Padre José.

—Pero... ¿De qué modo ha dado á entender tal deseo? Decidme cuales han sido sus palabras.

—Ha dicho bastante públicamente y en presencia de MONSIEUR (1): Bien conozco que uno de los primeros deberes de todo cristiano es mostrarse buen hijo, y no desoiré mucho tiempo la voz de mi conciencia.

—Cristiano! conciencia! Esas no son expresiones tuyas: El Padre Caussin, su confesor, es el que me vende, exclamó el Cardinal. ¡Pérfido jesuita! te he perdonado tu intriga de la Lafayette, pero no te perdonaré tus consejos secretos. Haré despachar á

(1) Este es el título que se daba en Francia antes de la revolucion de julio al hermano primero del rey.

esta confesor, pues bien veo que es enemigo del Estado. Mas yo tambien he andado descuidado de algunos dias á esta parte; no he acelerado bastante la marcha de ese chiquillo Effiat que agradará al rey sin disputa alguna: dicen que es bien formado y de agudo ingenio. ¡Jesus qué falta! Seguramente merecia que me hubiera sucedido alguna desgracia. ¡Dejar al lado del rey á ese zorro jesuita sin darle mis instrucciones secretas, sin tener ninguna seguridad, ninguna prenda de que cumpliria puntualmente mis órdenes! ¡Qué olvido! José, coged una pluma, y escribid corriendo esto para el nuevo confesor que elegiremos con mas cuidado. Estoy pensando en el Padre Sirmond...

El Padre José se sentó á la mesa grande en actitud de escribir, y el Cardenal le fue dictando estos deberes de nueva especie que tuvo la osadia de que los pusiesen de alli á poco en manos del rey, el cual los recibió, acató y aprendió de memoria como los mandamientos de la Iglesia. Hanse conservado como un testimonio terrible del dominio que un hombre puede llegar á adquirir sobre

otro á fuerza de tiempo, audacia é intri-
gas.

1. ° Todo príncipe debe tener un primer ministro, y este último tres prendas: Primera, no conocer mas pasión que su príncipe; segunda, ser hábil y fiel; tercera, ser eclesiástico.

2. ° Todo príncipe debe querer á ciegas á su primer ministro.

3. ° Nunca debe mudar de primer ministro.

4. ° Debe decírselo todo.

5. ° Franquearle siempre la entrada cerca de su persona.

6. ° Darle una autoridad soberana sobre el pueblo.

7. ° Darle muchos bienes y conferirle grandes dignidades.

8. ° El mas precioso tesoro de un príncipe es su primer ministro.

9. ° Un príncipe no debe dar crédito á lo que digan contra su primer ministro, ni complacerse en que hablen mal de él.

10. ° Todo príncipe debe revelar á su primer ministro cuanto haya oído en contra su-

ya, aun cuando se hubiese exigido del príncipe que guardara secreto.

11. Un príncipe debe preferir á todos sus parientes no solo el bien del Estado, sino tambien su primer ministro.

Estos eran los mandamientos del dios de la Francia. los cuales causan aun menos admiracion que el grandísimo candor con que el mismo Cardenal cuidó de legar tales órdenes á la posteridad, como si esta hubiese tambien de creer en él.

En tanto que dictaba sus instrucciones leyéndolas en un papelillo escrito de su puño, parecia que á cada palabra iba apoderándose de él una profunda tristeza, y luego que hubo acabado, cayó sobre el asiento del sillou con los brazos cruzados é inclinando la cabeza sobre el estómago.

Levantóse el Padre José dejando la pluma é iba á preguntarle si se sentia malo, cuando de lo interior de su pecho oyó salir estas lúgubres y memorables palabras:

— ¡Qué aburrimiento tan grande! ¡Qué, temores tan continuos! Si me viera algun ambicioso huiera de fé á un desierto! ¿Qué

es lo que viene á ser mi poder? un triste reflejo de la potestad real. ¡ Pero cuántos esfuerzos para fijar sobre mi estrella ese rayo siempre vacilante! Veinte años hace que lo estoy procurando inutilmente. No comprendo nada á ese hombre! Por su parte no se atreve á dejarme, pero me le quitan, se me escurre por entre los dedos... ¡ Cuántas cosas habria yo podido ejecutar si hubiese tenido sus derechos hereditarios! ¡ Pero invertir tantos cálculos en guardar el equilibrio! ¿ Cuánto genio queda para las grandes empresas? Tengo por un lado en mi mano á toda la Europa, y por otro estoy pendiente de un solo cabello. ¿ Para qué he de fijar mi vista sobre los mapas del mundo, si en su estrecho gabinete estan encerrados todos mis intereses? Seis pies de tierra me dan mas que hacer que si gobernara el universo entero. Ya veis lo que es un primer ministro! Ahora enviadme mis guardias.

Sus facciones estaban desencajadas en términos que era de temer algun accidente, y luego le acometió una tos tan larga y tan violenta, que acabó por echar un leve es-

puto de sangre. Vió entonces que el Padre José iba á tomar una campanilla de oro que habia sobre la mesa, y levantándose con la viveza de un jóven, le detuvo diciéndole:

—No es nada José, sino que algunas veces me suelo desalentar y cánsome de proseguir mi obra. Pero estos momentos duran muy poco, y luego me siento con mas fortaleza que antes. Respecto á mi salud, sé muy bien cual es su verdadero estado, pero no se trata de eso. ¿Qué es lo que habeis hecho en Paris? Me congratulo de que el rey haya llegado al Bearne como yo queria: con eso le celaremos mejor. ¿Qué le habeis indicado para decidirle á ponerse en marcha?

—Una batalla en Perpiñan.

—Vamos, no está mal pensado. Podemos preparársela; lo mismo da entretenerle ahora así que de otra manera. Pero ¿Y la jóven reina? ¿Qué dice la jóven reina?

—Todavía está incomodadísima con Vuestra Eminencia. Su correspondencia descubierta, el interrogatorio que le habeis hecho sufrir...

—Bah! un madrigal y un momento de de-

ferencia sobran para que eche en olvido que la he separado de su casa de Austria y del pais de su Buckingham. Pero ¿qué es lo que hace?

—Preparar nuevas intrigas con *Monsieur*. Pero como todos sus confidentes son nuestros, aqui teneis las partes de lo que han dicho dia por dia.

—No me tomaré el trabajo de leerlos: en tanto que se halle en Italia el duque de Bouillon, nada temo por ese lado; la reina podrá meditar con Gaston alguna que otra conspiracioncilla al calor de la lumbre, pero este último no pasa nunca de las buenas intenciones que le dan algunas veces, y no ejecuta bien mas que sus salidas del reino: ya lleva á estas horas tres, y si quiere marcharse por cuarta vez, le proporcionaré este gusto; no merece el pistoletazo que hiciste dar al conde de Soissons. Verdad es que este pobre conde no tenia tampoco mas espíritu.

Volviéndose á sentar entonces el Cardenal en su sillón, se echó á reir con mucha algazara para un hombre de Estado.

— Toda mi vida me reiré de su expedición de Amiens donde los dos me tuvieron cogido. Cada cual tenía sin exageración quinientos nobles á sus órdenes, armados de pies á cabeza, y dispuestos todos á despacharme como á Concini; pero el gran Vitry no se hallaba allí á la sazón, y me dejaron hablar muy sossegadamente con ellos durante una hora sobre la caza y la fiesta del Corpus, sin que ninguno de los dos se atreviese á hacer una seña á todos aquellos perdonavidas. Después supimos por Chavigni que hacia dos meses que estaban esperando aquella feliz coyuntura. Por mi parte puedo asegurar que no sospeché absolutamente nada de lo que habia, á no ser por ese desalmaduelo de abate Gondí que andaba zascandileando en derredor mio y parecia que tenia alguna cosa oculta en la manga: esto fue lo que me hizo subir al coche.

— A propósito, monseñor, la reina está en hacerle coadyutor.

— Esa muger está loca; la pierde sin remedio si se pone de parte suya, porque es un mosquetero fallido, un diablo con man-

teos; leed su historia de Fiesco y le vereis retratado en ella. Pero no será nada mientras yo viva.

—¿Y cómo juzgando también de los hombres mandais venir otro ambicioso de su misma edad?

—¿Qué diferencia! Ese jóven Cinq-Mars, amigo mio, será un maniquí que no pensará mas que en su gorguera y en sus agujetas: su talante pulido me responde de ello; yo sé que es de genio blande y apacible, y por eso le he preferido á su hermano mayor; haremos de él lo que se nos antoje.

—O monseñor! dijo el Padre con aire dudoso, nunca me he fiado de las gentes calmosas por de fuera, pues tanto mas peligroso es el fuego que ocultan dentro. Acórdaos de su padre el mariscal de Effiat.

—Pues repito otra vez que es un niño que me deberá su elevacion, al paso que Gondí es un sedicioso de marca, un hombre audaz que á todo se aventura. ¿Créeris que se ha atrevido á disputarme á madama de la Meillerans? ¿Os parece creible? ¡A mí! ¡Un cleriguillo sin mas mérito que ser un habla-

dorzuelo sempiterno y tener cierto aire de caballero! La fortuna fue que el mismo marido se encargó de cerrarle la puerta.

El P. José que sentia el mismo disgusto de oír hablar á su amo de sus conquistas que cuando le escuchaba celebrar sus versos, hizo un gesto queriendo hacer alarde de cortésano, y solo hizo patentes su torpeza y poquísimá maña: imaginóse que la espresion de su boca torcida como la de un mono queria decir: *¿Quién puede resistir á monseñor!* Pero su Eminencia leyó en ella: *Yo soy un galopo que no entiendo nada del buen tono*, y mudando de repente de conversacion dijo tomando de la mesa una porción de partes.

—El duque de Roham ha muerto; esta es buena noticia, pues ya están perdidos los Hugonotes. No ha tenido poca fortuna en morir cosegadamente en el campo de Rhinfeld, habiéndole yo hecho sentenciar por el parlamento de Tolosa á ser tirado de cuatro caballos. Pero no importa, el resultado es igual. Ya tenemos en tierra otra gran cabeza. ¡Cuántas van caidas desde lo de Montmoreney acá! Ahora ya no veo ninguna que no

se incline en mi presencia. Ya hemos ido castigando á casi todos los que nos sirvieron de juguete en Versailles; verdaderamente nada tienen que echarme en cara, pues no hago mas que aplicarles la ley del talion, tratándolos como ellos quisieron tratarme á mí en el consejo de la reina madre; el viejo chicho de Bassompierre sufrirá la pena de cárcel perpetua asi como el asesino mariscal de Vitry, porque solo votaron esto contra mí. Por lo que hace á Marillac que aconsejó mi muerte, se la tengo guardada para el primer traspie que llegue á dar: te encargo, José, que me lo recuerdes, porque es menester ser justo con todos. Queda, pues, todavia en pie ese duque de Bouillon que tan orgulloso se ostenta con su Sedan, pero ya encontraré yo medio de hacérsela soltar. ¡Es pasmosa la ceguedad en que están todos ellos! Creense libres para conspirar, y no ven que no hacen mas que revolotear al extremo de los hilos que tengo yo en la mano, y suelo alargar alguna vez para darles aire y espacio. ¡Y han gritado los Hugonotes como acostumbran por la muerte de su querido duque?

—No tanto como por lo de Loudun, que al cabo tuvo un término feliz.

—Cómo un término feliz! espero que Grandier habrá muerto.

—Sí, eso mismo queria decir; vuestra Eminencia descanse sobre el particular, que todo quedó acabado en veinticuatro horas y ya no habla nadie de esto. Solo que Laubardemont tuvo la indiscrecioncilla de hacer pública la sesion, y esto dió lugar á una pequeña conmocion, pero ya tenemos las señas de los alborotadores y se les sigue la pista.

—Está muy bien, está muy bien! Urbano era un hombre demasiado superior para dejarle en paz; se iba inclinando al protestantismo y apostaria cualquier cosa á que acababa de abjurar: asi me lo ha hecho sospechar su obra contra el celibato de los sacerdotes, y en la duda, ten esto siempre presente, José, mas vale cortar el árbol que dejar que retoñe el fruto. Mira, estos Hugotones son una verdadera república en el Estado, y si alguna vez llegasen á tener la mayoría en Francia, quedaba perdida la monarquía y establecerian algun gobierno

popular que llegase á ser duradero.

—Y cuántos sinsabores están causando todos los dias á nuestro santo padre el papa! dijo José.

—Ola! dijo el cardenal, ya te veo venir, quieres traerme á la memoria su obstinacion en no concederte el capelo. Vive descansado, que hoy mismo hablaré de ello al nuevo embajador. El mariscal de Estrées alcanzará á su llegada lo que no se ha podido conseguir en los dos años que hace te presentamos para el cardenalato; yo tambien empiezo á creer que no te sentaria mal la púrpura; con ella no se ven las manchas de sangre.

Y ambos se echaron á reir, uno como el amo que abrumba con todo su desprecio al asesino que paga, y el otro como un esclavo resignado á sufrir todas las humillaciones que le van elevando.

Todavía duraba la risa que habia ocasionado el atroz chiste del anciano ministro, cuando se abrió la puerta del gabinete, y un page fue anunciando varios correos que acababan de llegar á un tiempo de diferentes puntos; levantóse el padre José, y po-

niéndose de pie con la espalda apoyada en la pared, como una momia egipcia, su rostro no presentó ya mas espresion que la de una contemplacion estólida. Entraron sucesivamente doce mensajeros disfrazados de diferentes maneras: uno parecia un soldado suizo, otro un vivandero, y otro un maestro albañil; hacíanles entrar en palacio por una escalera y un corredor secreto, y salian del gabinete por una puerta opuesta á aquella por que entraban, sin poder asi encontrarse ni darse mutuamente cuenta de los partes que traian. Cada uno dejaba un lio de papeles arrollados y plegados sobre la mesa grande, hablaba un momento con el cardenal en el hueco de una ventana, y luego salia de la habitacion. Richelieu se habia levantado inmediatamente que entró el primer mensajero, y solícito en hacerlo todo por sí, escuchó y despidió á todos cerrando por su propia mano la puerta de salida. Luego que se fue el último mensajero hizo una seña al P. José, y sin decir nada pusieronse los dos á abrir, ó por mejor decir á arrancar los sobres de los partes, comunicándose

en dos palabras en el contenido de las cartas

— El duque de Weimar prosigue sus victorias, el duque Cárlos ha sido batido; el espíritu de nuestro general es bastante bueno, pues aquí se mencionan unas palabras muy lisonjeras que ha dicho estando comiendo. Estoy contento.

— Monseñor, el vizconde de Turena ha recobrado las plazas de Lorena: aquí vienen sus conversaciones particulares...

— Vaya, adelante, adelante, que no pueden ser peligrosas. Ese será siempre un hombre de bien que no se entromete en la política; con tal que le den el mando de un pequeño ejército para atacar á quien le digan como si jugara una partida de ajedrez, se le tiene contento: siempre seremos muy buenos amigos.

— En Inglaterra continúa todavía el largo parlamento. Los comunes siguen adelante con su proyecto, en Irlanda ha habido varias mortandades... El conde de Strafford ha sido sentenciado á muerte.

— ¡A muerte? Qué horror!

— Leo: S. M. Cárlos I no ha tenido ánimo

para firmar la sentencia; pero ha nombrado cuatro comissrios....

—Rei débil! te abandono. Ya no recibirás en lo sucesivo dinero nuestro, y pues eres ingrato, cae.... ; Pobre Wenworth!

Y asomóse una lágrima á los ojos de Richelieu: aquel mismo hombre que acababa de jugar con la vida de tantos otros, lloró á un ministro abandonado de su príncipe. Habíale llamado la atencion la analogia que habia entre su posicion y el ministro inglés, y así era él mismo por quien lloraba en la persona de este extranjero.

Dejó de leer en voz alta los pliegos que iba abriendo, y su confidente siguió su ejemplo. Ojeó con una atencion escrupulosa las partes circunstanciados que se le daban de las mas secretas é insignificantes acciones de los sugstos de alguna influencia, los cuales hacia que se los comunicaran sus hábiles espías al mismo tiempo que las demás noticias. Iban siempre unidos con las comunicaciones dirigidas al rei que pasaban todas por sus manos y eran siempre espurgadas cuidadosamente antes de llegar al príncipe, hasta de-

jarlas como él queria que éste los leyese. Las notas particulares fueron quemadas todas indistintamente por el Padre Inego que el Cardenal se hubo enterado de ellas, y sin embargo no parecia ballarse todavia muy satisfecho; paseábase muy aceleradamente de arriba á bajo de la habitacion, con muestras de zozobra, cuando se abrió la puerta y entró un nuevo correo. Tenia este traza de ser un mozo de algunos catorce años, llevaba debajo del brazo un paquete sellado de negro para el rei, y al Cardenal le entregó solo un billetito del que no alcanzó á leer Jose mas que unas cuantas palabras en una mirada que echó á hurtadillas. El duque se sobresaltó, le hizo mil pedazos, y acercándose al oido del mancebo le estuvo hablando largo rato sin recibir respuesta: todo lo que pudo oir José al irle á despedir el cardenal fue estas palabras: *Tenlo bien presente, que dejes pasar las doce horas.*

Durante este aparte del cardenal, José se habia entretenido en quitarle de la vista un número infinito de libelos procedentes de Flandes y Alemania, y que el ministro que-

ria ver absolutamente por ofensivos que fuesen á su persona. Sobre esto aparentaba una filosofía que estaba muy lejos de tener, y para engañar á los que andaban á su alrededor, fingia creer que sus enemigos no iban enteramente descaminados riéndose de sus chistes como el primero; empero los que conocian mas á fondo su carácter, descubrian una rabia profunda bajo el velo de aquella aparente moderacion y sabian que no estaba satisfecho hasta haber hecho que el parlamento sentenciara el libro hostil á ser quemado en la plaza de Gréve como injurioso al rey en la persona de su ministro el ilustrisimo cardenal, segun se ve en las sentencias de aquel tiempo. Su solo sentimiento era que el autor no fuese quemado en lugar de la obra, y este gusto le satisfacía siempre que podia, como sucedió con Urbano Grandier.

Su orgullo colosal era lo que vengaba de esta manera sin confesárselo á sí mismo, procurando persuadirse durante mucho tiempo, (un año algunas veces), que estaba en ello empeñado el interés del Estado. Destruísimo en mezclar sus cosas particulares con las de

la Francia, se habia llegado á convencer á sí propio de que ella sufría el dolor de las heridas que recibia su persona. José ansiaba mucho no despertar su mal humor en aquel entonces, y así es que apartó un libro intitulado: *Misterios políticos del cardenal de la Rochela*, y otro atribuido á un fraile de Munich cuyo título era: *Cuestiones cuodibeticas al tiempo presente y atroz impiedad del dios Marte*; el honrado abogado Aubery que nos ha transmitido una de las mas fieles historias del eminentísimo cardenal, monta en grandísima cólera al oír el solo título del primero de estos dos libros, y esclama que el gran ministro tuvo motivos para glorificarse de que sus enemigos, inspirados involuntariamente del mismo entusiasmo que convirtió en oráculos á la burra de Balaam, á Caifas y á otros que parecian mas indignos del don de profecía, le llamasen con tanta razon el cardenal de la Rochela, pues habia rendido esta ciudad tres años despues de sus escritos; así como Scipion ha sido apellidado el AFRICANO por haber sujetado esta proviucia. En poco estuvo que el P. José que pensaba necesaria-

mente del mismo modo, no manifestase su indignacion en los propios términos, porque recordaba con amargura la parte de ridiculez que le habia cabido en el sitio de la Rochella que, sin embargo de no ser una provincia como el Africa, se habia tomado la licencia de resistir al *eminentísimo cardenal*, por mas que el P. José se habia empeñado en que las tropas pasasen por un sumidero, preciándose de ser muy inteligente en el arte de sitiar las plazas. A pesar de todo se contuvo y tuvo todavía tiempo para esconder el libelo satírico en la manga de su hábito, antes de que el ministro acabara de despedir á su jóven correo y volviese de la puerta á la mesa.

—Vamos, José, vamos, dijo; abre las puertas a toda esa córte que me sitia, y vamos á encontrar al rey que me está esperando en Perpiñan; de esta vez no se me vuelve á escapar nunca.

Retiróse el capuchino, y abriendo de allí á poco los pages las doradas puertas, anunciaron sucesivamente á los mas grandes señores de aquella época que habian alcanzado licencia del rey para dejar su córte y venir

á saludar al ministro; no faltaban tampoco algunos que, socolor de enfermedad ó de asuntos del servicio, habian salido de oculto para no llegar de los últimos á su antecámara, y el infeliz monarca se habia encontrado casi solo y como nunca se suelen ver los reyes hasta estar tendidos sobre su lecho de muerte; pero parecia que á los ojos de la corte el trono era su paño funeral, su reinado una continua agonía, y su ministro un sucesor airado.

Los pages de las mejores casas se mantenian cerca de la puerta donde los ujieres anunciaban á cada una de las personas que habia encontrado el P. José en la pieza anterior. El cardenal, sentado siempre en su gran sillón, se mostraba indiferente con la generalidad de los cortesanos, hacia á los mas notables una inclinacion de cabeza y solo se apoyaba en sus dos brazos para levantarse ligeramente cuando entraba algun príncipe; todos los cortesanos iban á hacerle una profunda reverencia, y poniéndose luego de pie enfrente de él cerca de la chimenea, esperaban á que les dirigiese la palabra; en

seguida, según la cara que presentaba, continuaban dando la vuelta al salón para salir por la misma puerta por donde habían entrado, se paraban un momento á saludar al P. José que también remedaba á su amo, (por cuyo motivo le habían puesto el nombre de Eminencia parda), y salían al fin del palacio, ó cuando no, se colocaban en pie detras del sillón si los invitaba el ministro, lo cual era una muestra de gran favor.

Richelieu dejó pasar primeramente algunos cortesanos oscuros y de poquísimos valor, y no detuvo la procesion hasta llegar al mariscal de Estrees que marchaba á su embajada á Roma y venia á despedirse de él: todos los que le seguian se pararon inmediatamente. Aquel movimiento anunció en la sala inmediata que estaba empeñada una conversacion mas larga, y asomándose entonces el P. José echó al cardenal una mirada que quería decir: Acordaos de lo que me acabais de prometer; y á la que Richelieu contestó con otra que daba á entender: Descansad en mí. El astuto capuchino hizo ver al mismo tiempo á su amo que tenia agarrada una de

sus víctimas que destinaba á ser dócil instrumento de sus planes: era este un caballero que llevaba una capa verde muy corta y chupa del mismo color, pantalon encarnado muy ajustado á la pierna y vistosas ligas de oro debajo, que era el vestido de los pajes de *Monsieur*. El P. José le hablaba á la verdad en secreto, pero no en sentido del cardenal: aspiraba ya á ser su igual y procuraba ganar inteligencias en caso de que le abandonase el primer ministro.

—Decid á *Monsieur* que no se fie de las apariencias y que no tiene mas leal criado que yo. El cardenal empieza á decaer, y creo que deber en conciencia descubrir sus faltas al pudiese muy bien heredar la potestad real durante la menoría. Para dar á vuestro gran príncipe una prueba de mi buena fé, decidle que tratan de prender á Puy-Laurens que es partidario suyo, que le mande esconderse, ó de lo contrario que le encierr. el cardenal en la Bastilla.

En tanto que el criado vendia de este modo á su amo, no se quedaba el amo en zaga, pues tambien estaba vendiendo al criado. Su

amor propio y un resto de respeto á las cosas de la iglesia eran causa de que se pusiese incómodo con solo pensar que su despreciable agente se cubriera con el mismo capelo que era para él una corona y llegara á sentarse al nivel suyo á no ser por el cargo transitorio de ministro. Hablando pues á media voz con el mariscal de Estrees, le dijo:

—No es menester acosar por mas tiempo á Urbano VIII en favor de aquel capuehino que veis allá bajo; hástale que S. M. se haya dignado presentarle para el cardenalato, y concebimos la repugnancia de S. S. en cubrir á ese mendigo con la púrpura romana.

Y pasando luego de aqui á las cosas generales añadió: No sé verdaderamente qué motivo tenga el Padre santo para mostrarnos esa frialdad. ¿Qué hemos hecho por nuestra parte que no haya redundado en gloria de nuestra santa madre la Iglesia catolica? Yo propio dije la primera misa en la Rochela; y vos mismo lo veis, señor mariscal, en todas partes, en el ejército mismo, se encuentra nuestro hábito; el cardenal de la Valette acaba de desempeñar un mando glorioso en el Palatinado.

—Y acaba de hacer tambien una soberbia retirada, dijo el mariscal recalcando ligeramente la palabra *retirada*.

El ministro no hizo alto en aquella espressioncilla de zelos del oficio, y continuó levantando la voz:

—Dios ha hecho ver que no se desdeñaba de enviar á sus levitas el espíritu de victoria, porque el mismo duque de Weimar no contribuyó á la conquista de Lorena mas que este piadoso cardenal, y nunca se ha visto mejor mandada una escuadra naval que lo fué la nuestra en la Rochela por el arzobispo Burdeos.

Sabíase que el ministro estaba entonces bastante irritado con este prelado cuya mucha altanería y frecuentísimas impertinencias habian dado lugar á dos lances desagradables en Burdeos. Hacia cuatro años que yendo el duque de Epernon, gobernador entonces de Guyena, acompañado de sus tropas y gentiles-hombres, le encontró rodeado de su clero en una procesion, le llamó insolente, y le dió dos muy fuertes bastonazos que le atrajeron la excomunion del arzobispo; no

escarmentado con esta leccion habia tenido últimamente otra reyerta con Vitry de quien habia recibido *veinte pulos ó bastonazos*, como querais llamarlos, escribia Richelieu al cardenal de la Valette, y pienso que va á inundar la Francia de excomulgados. Efectivamente, acordándose de que el Papa habia obligado en otro tiempo al duque de Epernon á que le pidiese perdon, excomulgó hasta el baston del mariscal, pero Vitry, que habia hecho asesinar al mariscal de Ancre, estaba muy bien quisto en la córte, y el buen arzobispo se quedó aporreado y recibió encima una peluca del ministro.

Estrees pensó, pues, con bastante tacto que podia encerrar alguna ironía el modo como el cardenal pondetaba los talentos guerreros y marítimos del arzobispo, y le respondió con muchisima frescura.

—Efectivamente, monseñor, nadie puede alabarse de haberle *dado un golpe* en la mar.

Su Emigencia no pudo menos de sonreirse, pero viendo que la impresion eléctrica de esta sonrisa se habia comunicado á los demás de la sala dando lugar á varios chi-

cheos y conjeturas, volvió á revestirse al punto de toda su gravedad, y agarrando familiarmente el brazo del mariscal, le dijo:

—Vamos, vamos, señor mariscal, teneis muy buenas ocurrencias. Con vos no temeré yo al cardenal Albornoz, ni á todos los Borgia del mundo, ni todos los esfuerzos que haga su España cerca de la Santa Sede.

Levantando luego la voz y mirando en derredor suyo como encarándose con la córte callada y pendiente de su boca, continuó:

—Espero que no nos importunarán mas por haber contraido una justa alianza con uno de los mas grandes hombres de nuestro tiempo; muerto ya Gustavo Adolfo, el rey católico no tiene ya pretexto para solicitar de la Santa Sede la excomunion del rey cristianísimo. ¿No sois vos de mi parecer, mi querido señor? dijo dirigiéndose al cardenal de la Valette que se acercaba y no habia oido afortunadamente nada de lo que se habia hablado de él. Caballero de Estrees, permaneced cerca de nuestro sillón, que aun tenemos que encargaros muchísimas cosas; vos nunca estais de sobra en nuestras conversa-

ciones, porque no tenemos ningún secreto: nuestra política es franca y ostensible; el interés de S. M. y del Estado, nada más.

El mariscal hizo una profunda reverencia, fué luego á colocarse detrás de la silla del ministro y dejó su sitio al cardenal de la Valette que sin dejar de prosternarse, de adular, y de jurar fidelidad y absoluta obediencia, como para borrar la aspereza de su padre el duque de Epernon, no alcanzó de Richelieu mas que algunas palabras vagas y una conversacion distraida y sin interés, durante la cual no hacia mas que mirar continuamente á la puerta para ver á quien le tocaba entrar despues. El cortesano tuvo la mortificacion de verse interrumpido á lo mejor por el ministro que en medio de su maloso y adulator discurso exclamó:

¡Ola! habeis llegado al cabo mi querido Fabert. ¡Cuánto deseaba veros para hablaros del sitio! — El general saludó atropelladamente al generalísimo y le presentó los oficiales que habian venido con él del campamento, habló un rato de las operaciones del sitio, y parecia que el cardenal le

estaba haciendo en alguna manera la corte para prepararle despues á recibir sus órdenes sobre el mismo campo de batalla. Tampoco se olvidó de dirigir la palabra á los oficiales que le seguian llamándoles por sus nombres, y haciéndoles preguntas sueltas á cada uno de ellos.

Apartáronse todos para dejar pasar al duque de Angulema; este Valois, despues de haber combatido contra Enrique IV, se prosternaba ante Richelieu y pretendia un mando en el ejército que solo habia mandado en tercer lugar durante el sitio de la Rochela. Tras él entró el jóven Mazarino, siempre deferente y entremetido, pero ya esperanzado en su fortuna. Signióles á ambos el duque de Halluin: el cardenal interrumpió los cumplimientos que le dirigia para decirle en voz alta: señor duque, tengo la satisfaccion de anunciaros que el rey ha creado para vos un oficio de mariscal de Francia; os firmareis Schomberg. ¿No es verdad? Asi lo creen en Loucate libertada por vos. Pero perdonad que viene aqui M. de Montauron que tiene sin duda que de-

airme alguna cosa de importancia.

—Oh! no, monseñor, solo queria decirlo que se está muriendo de hambre aquel joven que os dignásteis tomar como á vuestro servicio.

—¿Cómo me hablais en este momento de tales fruslerias? Vuestro Corneille no quiere hacer nada de provecho; todavía no hemos visto mas que el Cid y los Horacios: que trabaje, que trabaje, porque se sabe que es cosa mia, y esto es sensible para mí mismo. No obstante toda vez que vos os interesais por él, le daré una pension de quinientos escudos de mi bolsillo particular.

Y el tesorero del erario se retiró contentísimo de la generosidad del ministro y fué á su casa á recibir de bastante buen talante la dedicatoria del Cinna en que el grau Corneille compara su alma con la de Augusto y le da las gracias por haber dado limosna á *algunas musas*.

Desazonado el cardenal con aquella impertinencia, se levantó diciendo que se adelantaba la mañana y que era ya tiempo de ponerse en camino para ir á reunirse con el rey.

En aquel mismo momento y cuando los mayores señores se acercaban para ayudarlo á andar, se adelantó hácia él un hombre vestido de relator del consejo real saludando con una sonrisa orgullosa y confiada que dejó paradas á todas las gentes acostumbradas al trato de la alta sociedad; queria decir: *Nosotros tenemos entre ambos nuestros secretos, vais á ver que afable está conmigo, yo estoy en su gabinete como en mi propia casa.* Sus modales groseros anunciaban, y embargo una persona de baja estración, era Lsubardemont.

Richelieu frunció las cejas al verle delante de sí, echó á José una mirada de fuego, y volviéndose luego á los que le rodeaban, dijo con una risa amarga:

—Hay por ventura con nosotros algun declinente?

Y volviéndole despues la espalda le dejó mas encarnado que su toga, y precedido por una multitud de personas que debian irle escoltando en coche ó á caballo, bajó la escalera principal del arzobispado:

Todo el pueblo de Narboua y sus autoridades contemplaron asombrados aquella salida regia.

El cardenal entró solo en una litera capaz y espaciosa de figura cuadrada, en que debía caminar hasta Perpiñan; pues sus dolencias no le permitian viajar en carruaje ni andar á caballo todo aquel camino; aquella especie de habitacion errante contenia una cama, una mesa y una sillita para un page que le iba escribiendo ó leyendo alguna cosa. Esta máquina, aforrada de terciopelo de color de púrpura, era conducida por diez y ocho hombres que se relevaban de legua en legua; escogíanse estos entre sus guardias y solo hacian aquel servicio de honor con la cabeza descubierta, por mucho que lloviera ó por gran calor que hiciese. El duque de Angulema, los mariscales de Schomberg y de Estrees iban á caballo á las portezuelas, y notábanse entre los mas solícitos al cardenal de la Valette y Mazarino, así como á Chavigni y al mariscal de Vitry que andaba huyendo el cuerpo á la Bastilla que decian le amenazaba.

Seguian dos coches para los secretarios, médicos y confesor del cardenal; ocho carruages tirados por cuatro caballos para sus

gentiles-hombres, y veinticuatro mulos para sus equipages; íbanle escoltando de cerca doscientos mosquetones de á pie; y por último, abrian y cerraban la marcha de la comitiva su compañía de hombres de armas y sus caballos ligeros montados en soberbios corceles.

Tal fue el aparato con que el primer ministro llegó pocos dias despues á Perpignan; las dimensiones de la litera obligaron muchas veces á ensanchar los caminos y derribar los muros de las *ciudades ó aldeas* donde no podia entrar, *de manera*, dicen los autores de los manuscritos de aquel tiempo sinceramente admirados de toda aquella ostentacion, *que parecia un conquistador entrando por la brecha*. Hemos buscado con mucha diligencia algun manuscrito de los propietarios ó habitantes de las casas que se derribaron para abrirle paso á ver si manifestaba igual admiracion, y no hemos podido hallarle.





